









Con fuego en las entrañas

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

BERTHA BALESTRA

# Con fuego en las entrañas



GOBIERNO DEL  
**ESTADO DE MÉXICO**

Alfredo Del Mazo Maza  
*Gobernador Constitucional*

Juan Jaffet Millán Márquez  
*Secretario de Educación*

CONSEJO EDITORIAL

*Presidente*

Sergio Alejandro Ozuna Rivero

*Consejeros*

Rodrigo Jarque Lira, Juan Jaffet Millán Márquez,  
Marcela González Salas y Petricioli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

*Comité Técnico*

Alfonso Sánchez Arceche, Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

*Secretario Ejecutivo*

Roque René Santín Villavicencio

*Con fuego en las entrañas*

© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2017

DR © Gobierno del Estado de México  
Palacio del Poder Ejecutivo  
Lerdo poniente núm. 300,  
colonia Centro, C.P. 50000,  
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Bertha Balestra Aguilar, por texto  
© Ana Laura Mena García, por obra gráfica

ISBN: 978-607-495-611-5

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal  
[www.edomex.gob.mx/consejoeditorial](http://www.edomex.gob.mx/consejoeditorial)  
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal  
CE: 205/01/38/17

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.



*A mis nietos, con infinito amor*



Joyas de la Corona de América erguidas entre dos océanos —espuma del Planeta— joyas soldadas por el fuego primitivo, unidamente grabadas en la imaginación de las generaciones —sinfonías de piedra y nieve creada por la energía sin nombre— oleaje petrificado de un antiguo mar cósmico —grandeza desesperante y serena— montes augustos —levantados sobre la aspereza de los caminos— impasibles y formidables, iluminan y fertilizan en el reposo de su muerte toda la tierra de Anáhuac.

DR. ATL



## Prólogo

La escritura se convierte en un volcán cuando quien escribe pulsa entre sus letras el trazo que se trocará en el fuego de una historia encendida, y de tal magnitud, que comunicará al lector esa misma inquietud que posee al espectador cuando observa una maravilla natural como es esa enorme montaña de fuego.

Las historias que narra aquí Bertha Balestra (1955) en *Con fuego en las entrañas* conservan todo el misticismo de las antiguas leyendas indígenas que nos han llegado desde la infancia con un fulgor de sabiduría enorme. Nos expresan, en un lenguaje claro, lleno de imágenes hermosas y metáforas vívidas, emociones intensas que nos impelen a leer de cabo a rabo cada uno de estos textos.

La letra no está sola en este libro: la acaricia la obra pictórica de Ana Mena, cuya paleta de exuberante colorido hace estallar el caos

de un arte vívido y profundo en cada uno de sus trazos. Luz y más que luz se derrama en la hoja, como agua antigua que quiere recuperar la sed del momento, con fuerza y volumen.

Este libro es un homenaje a la literatura indígena, en el cual la autora —quien fue cronista del municipio de Metepec, Estado de México— procura absorber la esencia de una cultura ancestral para, en un acto de magnífica manufactura escritural, sostenerla en los registros de su voz y cautivarnos con cada una de estas narraciones.

La búsqueda de la identidad nacional o bien la descripción de la misma a través de los doce relatos que conforman esta obra expresan situaciones sensuales, amatorias, historias de pasión y de entrega que desgranar en todo el libro un árbol de sueños y de ensueños que, en estos tiempos de fragilidad, nos amarran a la imaginación con toda la fuerza de su emotividad.

Esta obra se une, de alguna manera, a los esfuerzos que ya antes hicieron incluso autores como Rosario Castellanos —quien aprendió tzotzil para adentrarse en su mitología y lenguaje—, Carlos Montemayor, Miguel León-Portilla y muchos más, labor conjunta que trata de reflejar los sentimientos más profundos de nuestras raíces.

ANA LILIA HERRERA ANZALDO

## Prefacio

La **cosmovisión de un pueblo**, sus creencias y temores ancestrales dependen en gran medida del entorno geográfico en que éste se desarrolla. Para nosotros, los mexicanos de hoy y los de antaño, las grandes cordilleras que cruzan nuestro territorio constituyen las paredes de nuestro hogar. Entre esas enormes montañas que nos recuerdan constantemente el poderío de la naturaleza, destacan las más fascinantes y temibles: los volcanes. La enormidad de algunos, la actividad: permanente en algunos, intermitente en otros y —nunca lo olvidamos— latente en todos ellos, han provocado en el imaginario colectivo historias inquietantes, relatos amorosos, mitos y leyendas que se erigen a manera de explicaciones mágicas para subrayar, más allá de las transformaciones y supuestos desarrollo y

progreso, la impotencia, la pequeñez del ser humano ante la arrasadora fuerza de que es capaz nuestro planeta.

Estos volcanes —alrededor de dos mil en todo el territorio mexicano, de acuerdo con los expertos— no son solamente parte de nuestra geografía sino también de nuestro patrimonio histórico y cultural. La mayoría de ellos se asocian a mitos prehispánicos y coloniales, a relatos y leyendas de nuestra tradición oral, así como a momentos y hechos cruciales en el devenir histórico nacional.

Fascinados por su belleza, muchos de los artistas plásticos, mexicanos y extranjeros, los han inmortalizado en sus lienzos, en sus murales. Pero, curiosamente, han sido pocas las plumas que, a través de la historia de nuestras letras, se han ocupado de estos colosos de la naturaleza. De entre ellos elegí algunos fragmentos de poemas que aluden directamente a los volcanes o que, sin haber sido escritos con esa inspiración, sintonizan con el espíritu de mis relatos.

La riqueza, así como la belleza natural de estas montañas de fuego, han atraído mi atención desde mis comienzos en el oficio de la escritura. Convertidos en una de mis fuentes de inspiración desde los eventos eruptivos del Popocatepetl en 1991, no he dejado de investigar, seguir la pista histórica, indagar relatos tradicionales, mitos y leyendas, para hacer de algunos de estas montañas de fuego las protagonistas del presente libro de relatos.

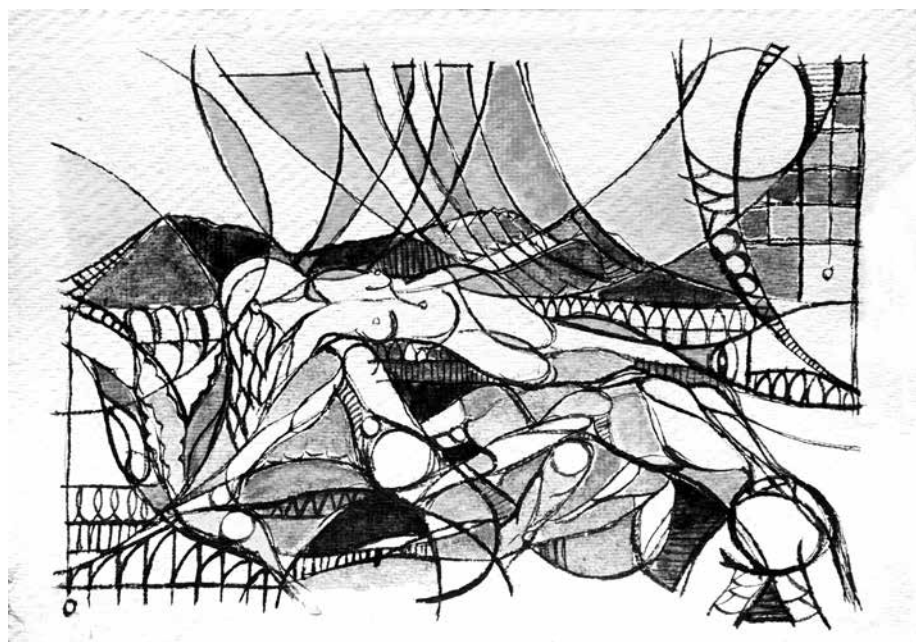
Desde luego, este recorrido narrativo no se ocupa de todos nuestros volcanes, sino de los que me han parecido más significativos, ya sea por su colosal presencia, por el evento histórico al que quedaron ligados o por la riqueza del mito construido a su alrededor. Algunos de ellos aparecen por parejas, pues tanto desde el punto de vista de la ciencia como del mito están relacionados entre sí.



Estos relatos pretenden llevar al lector a mundos imaginarios, ponerlo en sintonía con la naturaleza, con los mitos que ha provocado y con la huella indeleble con que las montañas de este país han marcado a sus habitantes en el devenir de la historia y siguen haciéndolo en el eruptivo presente.

Ha sido una rica experiencia compartir el aliento creador y la inspiración surgida de las montañas sagradas con una talentosa artista plástica: mi amiga Ana Mena. Juntas planeamos este libro, recorrimos caminos, admiramos paisajes y nos declaramos fascinadas por la fuerza que emana de nuestra mexicana geografía.







## Los hermanos

El presente es perpetuo  
Los montes son de hueso y son de nieve  
Están aquí desde el principio  
El viento acaba de nacer  
sin edad  
como la luz y como el polvo...

OCTAVIO PAZ, "Viento entero"

Cuando a esta tierra no llegaban aún los hombres, antes de que los grandes animales vinieran a depositar sus restos, muy pocos morábamos el planeta. Nuestro enorme tamaño resultaba pequeño en comparación con el inconmensurable poder que poseíamos, capaz de desatar violentas pasiones.

Hablo de varios milenios atrás, cuando era yo una maga muy hermosa, en nada parecida a las deformes representaciones que han hecho de mí los supuestos artistas de este pueblo llamado Metepec.

Para que imaginen mi seductora belleza, les relataré el efecto que tuvo en dos desafortunados hermanos que lucharon por mí hasta encontrar su fin.

Xinan, el mayor, albergaba un espíritu fuerte y combativo; no se arredraba ante nada. Retaba al trueno, los terremotos le servían de arrullo y usaba el rugido del viento para afinar la voz.

Xócotl, el menor, era de temperamento dulce y sensible. Se regodeaba en la contemplación de la naturaleza, se alegraba con cada aurora, se empeñaba en escuchar el canto de las estrellas y en dialogar con la luna. Constituía su mayor placer bañarse en aguas cristalinas. Se cuestionaba acerca de la existencia, del origen del universo y del sentido de todo lo que lo rodeaba.

A pesar de estas grandes diferencias, Xinan y Xócotl se amaban y complementaban.

Un día decidieron acercarse a las lagunas de Chicnaguapan para honrar a su abuelo, quien se había transformado ya en parte de la superficie terrestre, constituyendo un cerro cubierto de magueyes. Era una jornada en que los rayos del sol, desde un cielo desprovisto de nubes, quemaban como flechas puntiagudas.

Xócotl invitó a su hermano a bañarse en las lagunas, pero éste declinó, prefiriendo quedarse un rato más al lado de su inerte ancestro.

En cuanto aquel cuerpo desnudo se introdujo en las aguas de mi laguna, mi deseo las agitó, provocando olas de dimensiones marinas. Xócotl, sorprendido y atemorizado, intentó recular. La fuerza de mis aguas se lo impedía, cada uno de sus movimientos producía el efecto contrario a sus intenciones y lo acercaba más al fondo de mis dominios, donde yo lo esperaba para gozar de su virilidad.

Al fin quedó a mi merced: conforme la intensidad de mis efluvios aumentaba, la de las corrientes disminuía, permitiendo que mi visitante se relajase y compartiera el placer. Al experimentar las delicias del amor en cada uno de sus sentidos, Xócotl pasó del azoro al gozo; del miedo a la certeza de estar enamorado. Nuestro calor entibió las aguas que nos envolvían con suavidad, sirviéndonos de lecho en el que reposábamos intermitentemente abrazados.

En la laguna se reflejaba el tránsito del sol que, queriendo cubrir su rostro de nuestra vista, atrajo frente a sí una capa de nubes. La superficie pasó entonces del brillo cegador a la repetición de la infinidad de tonos del ocaso.

Al anochecer, Xócotl se despidió.

—Mi hermano va a inquietarse por mi ausencia. Voy en su busca pero volveré a tu lado. Hasta mañana, amor mío.

Fue al encuentro de su hermano y le participó su felicidad.

—No existe en el universo gloria comparable —le dijo.

Con el alma embargada de alegría y su natural ingenuidad, no se dio cuenta de que, mientras le relataba su experiencia, a Xinan lo quemaba la urgencia de conocer tan fantásticos placeres. Así pues, en cuanto el hermano menor, exhausto y dichoso, caía en un profundo sueño, el mayor se escabulló y se dirigió hacia mis dominios.

Se desnudó bajo la luz de la luna. Sus formas plateadas encendieron de nuevo mi insaciable pasión y lo atraje, como a su hermano, al fondo de la laguna, donde pasamos una noche más intensa aún que la reciente jornada.

El viento fresco y las primeras luces de la aurora nos sacaron de aquel idilio.

—Debo volver, mi hermano notará mi ausencia y se inquietará —dijo. Pero no mostraba prisa en salir de mi laguna y se demoró un poco más, embriagado por mis caricias.

Cuando Xinan alcanzó la orilla, era tarde: Xócotl estaba ahí, presenciando la traición.

El dolor, los celos, la rabia, se apoderaron del que había sido dulce hermano, quien se abalanzó sobre el otro, dominado por una crueldad desconocida. Como es sabido, no puede haber lucha más descarada que la fraterna, y aquellos hermanos sacaron esa mañana sus peores instintos. Sus bramidos hacían estremecer al más valiente y mantenían una atmósfera de suspenso que helaba las conciencias.

Debido quizás a la furia que lo embargaba, contrario a lo que se hubiese predicho, Xócotl dominaba a su adversario. Después de muchos saltos y golpes consiguió derribar a su hermano. No se impusieron la razón o el amor que hasta entonces le profesara y, armado con un filoso pedernal, le abrió el pecho, dejando su corazón al descubierto. El aullido de Xinan hizo temblar la tierra entera. La sangre brotaba a borbotones, salpicando al fratricida.

El rayo más grande que se hubiera visto iluminó el horizonte, seguido por un trueno ensordecedor.

Al darse cuenta de lo que había hecho, Xócotl pareció despertar de un mal sueño. Se lanzó sobre el cuerpo de su hermano tratando de reanimarlo. Fue inútil, Xinan había exhalado el último aliento.

Entonces rasgó la atmósfera la voz de su abuelo, Metl tépetl, deplorando el fratricidio y condenando a víctima y verdugo a convertirse en dos montañas que, como él, definirían la silueta del paisaje:

—Nos rendirán culto los humanos por innumerables generaciones; seremos adorados y admirados, pero eso no aliviará jamás



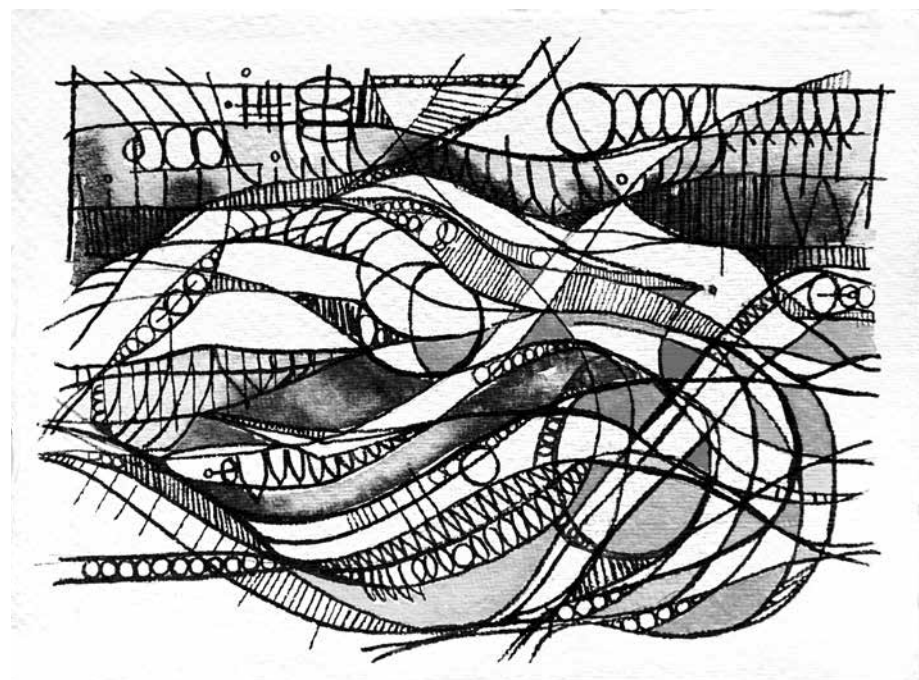
nuestra vergüenza: la mía por ser su ancestro; la de ustedes por haber antepuesto las pasiones al amor de hermanos a la lealtad que se debían. Y tú, fémina insaciable, quedarás por siempre atada al mito: hablarán de ti con temor y te representarán de las más burdas maneras: convertida en mujer-pezu o en mujer-serpiente. Tu enorme belleza nunca será conocida en plenitud.

La tierra rugió otra vez, subrayando aquella maldición. Un terremoto la sacudió. El cielo se oscureció; sólo algunos relámpagos la iluminaban por segundos para caer de nuevo en la más completa negrura.

Xócotl había corrido hacia el poniente, pero cayó herido por un rayo. Me sumergí en la laguna, presa del pánico. Pasé largo tiempo refugiada en el fondo, entre el fango. Una vez me atreví a atisbar hacia la superficie y vi ríos de lava corriendo en todas direcciones; salían unos del pecho de Xinan y los otros, de la boca de Xócotl. Me hundí de nuevo, esperando que el sol venciera a las tinieblas y reinase en el firmamento.

Pasaron muchas lunas antes de que tierra y cielo se sosegaran. Cuando por fin hubo calma y salí del agua, el paisaje había cambiado: ahora se elevaba, tras el anciano Metl tépetl, una montaña imponente: el Xinantécatl. Me quedé mirándolo, hipnotizada. Las dos grandes heridas de su pecho estaban llenas de agua, formando dos lagunas que repetían la luz del sol y, por las noches, la de la luna y las estrellas. De sus faldas bajaban hilos cristalinos que, en el valle, engrosaban un ancho río. Nadé por su cauce y llegué a los pies de otra nueva montaña: el Xocotépetl, cuyos pies se bañaban en el agua enviada por su hermano mayor.

Como lo predijo el abuelo hemos seguido aquí por muchos siglos; a él y a los hermanos los han adorado numerosos grupos. También a mí, aunque con la desconfianza que se debe a mi espíritu peligroso: voluble y traicionero.





## Flores para la novia

Duerme en paz, Ixtaccíhuatl, nunca los tiempos  
borrarán los perfiles de tu expresión.  
Vela en paz, Popocatepetl, nunca los huracanes  
apagarán tu antorcha, eterna como el amor.

JOSÉ SANTOS CHOCANO, “El idilio de los volcanes”

El alboroto de los cenizales antes de guarecerse en sus nidos ocultaba la despedida de los amantes.

—Volveré victorioso y tu padre deberá cumplir su palabra: serás mi esposa y nadie podrá separarnos —le decía él.

—Tengo miedo —confesó ella—. Creo que la agitación de estos días en las aguas del lago constituye un mal presagio... Algo trama mi padre; sólo se está dando tiempo para poner nuevas trabas a nuestra unión; quiere utilizarme para alguna alianza provechosa.

—No lo dudo, pero jamás permitiré que te entreguen a otro —declaró el guerrero—. Y sobre las aguas agitadas, no debes preocuparte; se habrá abierto un nuevo manantial en el fondo.

En cuanto la primera claridad en el horizonte anunció el viaje diario de Tonatiuh, Popócatl partió, al frente de un puñado de guerreros, tras una empresa que se antojaba imposible: vencer al pueblo de las nubes y hacerlo tributario de su tlatoni.

La hija del monarca se negó desde ese día a salir de su casa. Pasaba el día en el telar, tejiendo los mantos de bodas. Mandó traer las más finas plumas y piedras de jade y turquesa para decorarlos.

Las lunas se sucedían sin noticias de su amado.

Mientras tanto, Popócatl y sus hombres avanzaban hacia el sur. No faltaron en su camino zozobras y reveses. Vencieron fieras, alimañas y ladrones. Se guarecieron de tormentas y estuvieron a punto de ser aprehendidos por vigías enemigos. Pero sortearon los peligros y llegaron a las tierras de aquel pueblo orgulloso que decía provenir de las nubes, como lluvia.

El guerrero quedó embelesado ante la visión que se extendía frente a sus ojos: no había en el Anáhuac un cielo de tan intenso azul y tampoco había visto árboles como aquéllos, con las ramas cuajadas de flores blanquísimas que cubrían las montañas. Sintió pena por no poder compartir tanta belleza con su prometida. “Cuando haya vencido, haré llevar árboles de éstos para que use las flores en su atuendo de bodas. Las estrellas estarán celosas de su hermosura”, se dijo.

La guerra comenzó. Los de las nubes peleaban con bravura, pero los de Popócatl, hombres-águila y hombres-jaguar, expertos e incansables, avanzaban con éxito. En cada combate su dirigente crecía,

se multiplicaba, les contagiaba una pasión que parecía inoculada por los dioses. No sabían que lo guiaba una imagen, un sueño: su amada, en el lecho nupcial, cubierta solamente por las blancas flores del cazahuate.

Finalmente, los del centro vencieron; volverían llenos de gloria. Al comandante de los triunfadores le urgía emprender el camino de regreso para recibir el ansiado premio: casarse con la hija del tlatoani. Llevaría a su suegro muchos prisioneros para alimentar al dios con sus corazones; irían cargados de oro, maderas y plumas finas, mantas de suave algodón profusamente bordadas, chapulines de intenso sabor, miel de agave y chiles de colores. Algunos de sus guerreros llevaban consigo mujeres de turgentes pechos descubiertos. Él, para su novia, hacía portar doscientos árboles de cazahuate en flor.

Con tanta carga, aquella caravana avanzaba lentamente. Popócatl desesperaba, pero de nada servían gritos y latigazos; no era posible acelerar la marcha. Había enviado noticia de su éxito con un mensajero que llegó a la capital del imperio casi una estación antes que el contingente; ya en la corte se dudaba de la veracidad de aquella primicia.

La princesa, ansiosa, pasaba días y noches con la vista en el horizonte, esperando la aparición de su prometido.

Al tlatoani lo embargaba la contradicción: por una parte, le urgía recibir gloria y tributo por aquella conquista tanto tiempo esperada; por otro, su corazón de padre albergaba el oculto deseo de que aquel guerrero no consiguiera arrebatarle a Izta, su hija predilecta. Envío a un espía para saber qué tan cerca se encontraban Popócatl y sus hombres. El emisario confirmó: “En menos de una semana estarán aquí”.

El soberano tramó un plan: furtivamente, haría beber a Izta la pócima de la falsa muerte. Fingiría sepultar su cuerpo y la ocultaría por un tiempo; mientras tanto, daría a Popócatl cualquier otra doncella, ardiente y hermosa para que olvidase a su hija.

Al día siguiente, el cuerpo de la princesa, ricamente ataviado, yacía en el salón del palacio de su padre. Las plañideras cumplían ruidosamente su función, formando un triste concierto con las caracolas. El aroma del copal se mezclaba con las diversas flores que rodeaban el lecho de la virgen sin vida. En eso, el sonido de los teponaztli se impuso sobre las notas dolorosas. Los vítores se confundieron con los sollozos: la columna triunfal entraba a la ciudad. En cuanto pudo abrirse camino entre la gente, Popócatl se precipitó al palacio, incrédulo ante el rumor que acababa de escuchar. No podían los dioses castigar su hazaña arrancándole a su amada, la inspiración que hizo posible ganar la guerra. Muy a su pesar, la realidad le saltó a la cara. Al comprobar la tragedia cayó de rodillas ante el cuerpo inerte de su prometida. Palideció hasta parecer también un cadáver; luego, lleno de ira, enrojeció tanto que parecía un hombre de fuego. Se quedó ahí, petrificado, echando humo y dispuesto a no separarse de ella hasta sepultarla. Su lugarteniente hizo traer las más lozanas flores de cazahuate como ofrenda y rodear el palacio con los árboles.

En la madrugada, la tierra, sacudiéndose violentamente, despertó al pueblo entero. Los tecolotes ululaban, los grillos chirriaban y los tepexcuincales ladraban sin medida. Se alcanzaba a escuchar el aullido de los coyotes y hasta el rugido de algún jaguar. Las mujeres apretaban a sus hijos contra el pecho; los ayes de las viejas hacían enfadar a los jóvenes que trataban de mostrar valor a pesar del pánico que el enojo de los dioses les provocaba.

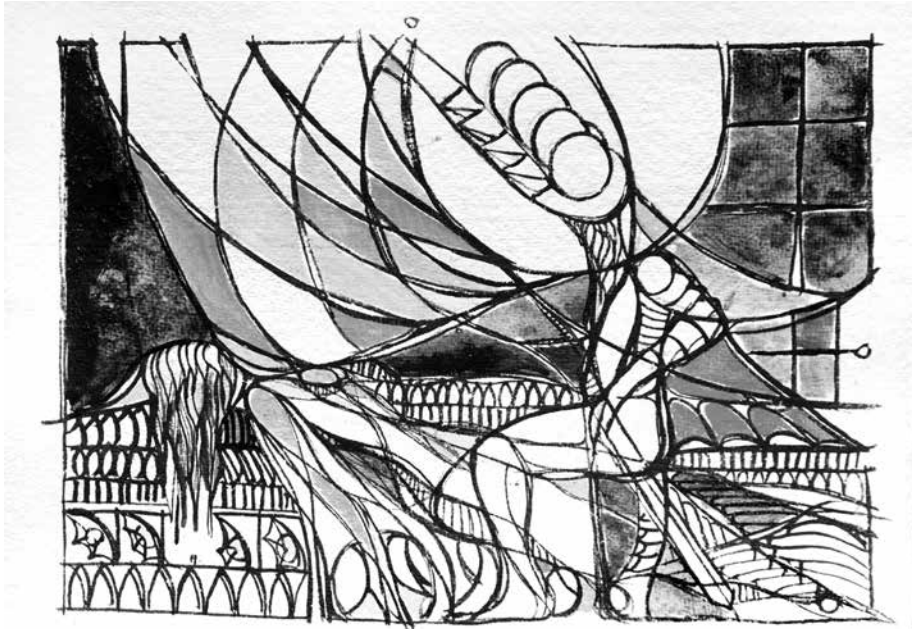


Cuando el terremoto cesó, el panorama de la destrucción cubría la ciudad; quienes podían moverse buscaban a sus seres queridos con la esperanza de hallarlos salvos, rogando que hubiesen encontrado un sitio donde salir ilesos de la furia de los dioses. Muchos habían perecido, cubiertos por los escombros de las casas derruidas.

El cielo ennegrecido se iluminaba intermitentemente por relámpagos. La tierra crujió como nunca antes se oyera. Hombres y animales huyeron despavoridos. Las piedras que formaban el palacio se derrumbaron y, en su lugar, comenzaron a emerger dos grandes montañas: una conservaba la forma de la princesa yacente; cubría sus curvas con la blancura del cazahuate. La otra lanzaba fuego; de su cumbre surgían rocas incandescentes y ríos de lava que corrían sembrando muerte.

Unos cuantos sobrevivieron y contaron la historia de esos eternos amantes.







## La noche iluminada

No hay nada frente a mí, sólo un instante  
rescatado esta noche, contra un sueño  
de ayuntadas imágenes soñado,  
duramente esculpido contra el sueño,  
arrancado a la nada de esta noche...

OCTAVIO PAZ, “Piedra de Sol”

—Confío en que esta alianza nos ha sido enviada por la misma Providencia... Ahora sí, Montezuma temblará ante el ejército que cree divino, seguido por las huestes de sus poderosos enemigos: los de Cempoala y los de Tlascala —dijo el capitán don Hernando, con la copa en alto, durante la cena con sus lugartenientes—. Brindo también por doña Marina, que ablandó al anciano Xicotenga... ¿Habéis notado cómo se conmovió al palpar la faz de la santísima virgen que le hemos regalado?

Los oficiales secundaron el brindis.

—Dedicaremos unos cuantos días a descansar, recuperarnos y preparar la marcha hacia la ciudad del Montezuma. Ha dicho Xicotenga que es diez veces más grande que esta Tlascala que os ha impresionado, ¡así que imaginad, compañeros!

Los hombres de Cortés aprovecharon bien la hospitalidad del soberano tlaxcalteca: disfrutaron del palacio, la comida y las doncellas que el rey obsequió a los capitanes.

Don Hernando, quien declinó tomar a la hija de Xicoténcatl por estar, como se decía, encoñado con la india doña Marina, su intérprete, y siendo de naturaleza muy inquieta y contraria al ocio, prefirió organizar una breve expedición a la montaña más alta de los alrededores.

—Me sienta mejor despejar la mente esa manera —declaró. Lo acompañaba su inseparable traductora, un guía tlaxcalteca y un pequeño destacamento de soldados.

Emprendieron la excursión por la mañana. Habría que recorrer algunas leguas, explicar en más de una aldea que los españoles eran los nuevos aliados del viejo Xicoténcatl. Cortés disfrutaba el periplo; el paisaje rocoso, perfilado por montañas, le recordaba su natal Extremadura. Saboreaba el reciente triunfo y se sentía bendecido por la señora de Guadalupe, patrona de su provincia ibérica, y por Santiago Apóstol, a quien encomendaba su aventura cada día desde que salió de la isla de San Salvador. Confiaba en conquistar la mítica Tenochtitlán con más política que armas. Le ayudaría la noticia de cómo había venido a las huestes numerosas del bravísimo Xicoténcatl el joven y el rumor cada vez más fuerte de su naturaleza divina:

—Si ellos piensan que soy la reencarnación de su dios serpiente, venga, pues debo serlo ahora —se decía.

Alcanzaron las faldas del cerro de Cuatlapanga, donde el guía comenzó a narrar la leyenda. Marina traducía, interpretaba y embellecía el relato:

—¿Veis, señor mío, el perfil de este cerro? Es la cabeza de un hombre, mirando hacia el cielo, con la boca abierta en un aullido de dolor. Se trata del guerrero Cuatlapanga; así quedó, convertido en montaña que grita sin descanso el nombre de su amada Matlalcuéytl, que significa “la de la enagua azul”. Se dice en esta tierra que a él lo enviaron a cumplir varias misiones antes de poder casarse con su prometida. Estuvo mucho tiempo en sitios apartados; mas cuando volvió, lleno de ilusión, y pidió ver a Matlalcuéytl, le dijeron que no sería posible. “Pero ¿cómo mientan tal cosa si he cumplido con todas las condiciones?”, preguntó. Sus amigos y parientes no se atrevían a darle la noticia. Dejaron que fuese el padre de la joven, el mismo que lo había enviado lejos, quien destruyera su mundo con una frase: “Tu amada ha hecho el viaje sin retorno: habita ahora el Mictlán. La hemos sepultado en el campo, junto a la pequeña laguna”.

”El guerrero lanzó lamentos desgarradores, más fuertes que el sonido de la caracola anunciando el fragor de la batalla. Corrió hasta el lugar donde yacían los restos de su novia y se tendió a su lado, mirando a Tonatiuh, sin dejar de increpar, a gritos, a las fuerzas malignas que le habían arrebatado la única posibilidad de ser feliz. Sus alaridos se convirtieron en truenos. La tierra se estremeció; en la cabeza del guerrero se dibujó una línea que se abrió en forma de grieta; así hizo honor a su nombre: Cuatlapanga, “el de la cabeza partida”. De su boca abierta salieron, con fuerza, piedras encendidas. No se movió hasta que la debilidad lo venció y pudo marchar su espíritu al Mictlán, en busca de Matlalcuéytl. Se dice que al unirse en

el inframundo, a ella se le despertó la pasión: de esa manera se transformaron sus restos en montaña y de su pecho brotaron ríos de lava.

—Mala fortuna la de ese soldado —afirmó el capitán antes de guardar su aliento para continuar el camino ascendente.

Atardecía. Los colores del ocaso hacían juego con la tez morena de Malitzin y con sus mejillas, teñidas de rojo por el esfuerzo. Cuando alcanzaron una pequeña planicie, rodeada de árboles, Cortés dio orden de instalar un campamento.

—Continuaremos por la mañana; es tiempo de descansar.

Una vez que los hombres del conquistador levantaron la tienda, el capitán les mandó alejarse y dejarlo a solas con doña Marina. Era un buen momento para iniciar los arreglos, le sugería el viento que despide a Tonatiuh.

—Vamos —dijo a su amante indígena con un ademán que indicaba entrar en la tienda. No necesitaba más explicaciones, ella dominaba la lengua del conquistador y había aprendido también a interpretar el lenguaje sin palabras, el de semblante y cuerpo.

—Hagámoslo afuera; será una noche mágica —prometió ella. Una sonrisa enigmática acompañó la invitación a la que el capitán no pudo negarse.

Malitzin comenzó el rito amatorio. Conocía los rincones sensibles de don Hernando. Además, sus dioses no eran remilgosos como el que mentaba el capellán de los españoles; veían con agrado que los humanos gozaran de sus cuerpos. Siguiendo el ritmo de tambores imaginarios, Marina cambió las calzas de su amo por besos y caricias. Dejó caer con suavidad su enagua e hizo a un lado el quexquémetl para que él se solazara recorriendo su piel, firme y lisa como barro pulido. Con susurros lo conminó a hundirse en ella.



Cuando ambos jadeaban, compartiendo el éxtasis, el cielo se iluminó. Una nube incandescente se acercaba a ellos.

—¿Qué es esto? ¿Es la magia que anunciabas? —preguntó el español, con un asomo de temor hacia lo inexplicable.

Malitzin no respondió. Se limitó a sonreír, todavía agitada, sudorosa y satisfecha. La nube los rodeó. Se trataba de un inmenso enjambre de papalótzahuatl, luciérnagas en busca de sus parejas.

—El deseo las ilumina —declaró la joven.

—Como a ti —respondió el capitán, envuelto en el sopor que sigue al placer, y fascinado por la luminiscencia de los miles de insectos que revoloteaban sobre sus cabezas. Aunque su carácter realista lo hacía siempre escéptico hacia lo sobrenatural y desdeñaba sentimentalismos, era innegable que la experiencia elevaba su espíritu y ponía en su semblante una expresión arrobada. Lo embargaba la alegría y hasta diríase irremediabilmente enamorado. Con esa placidez se quedó dormido.

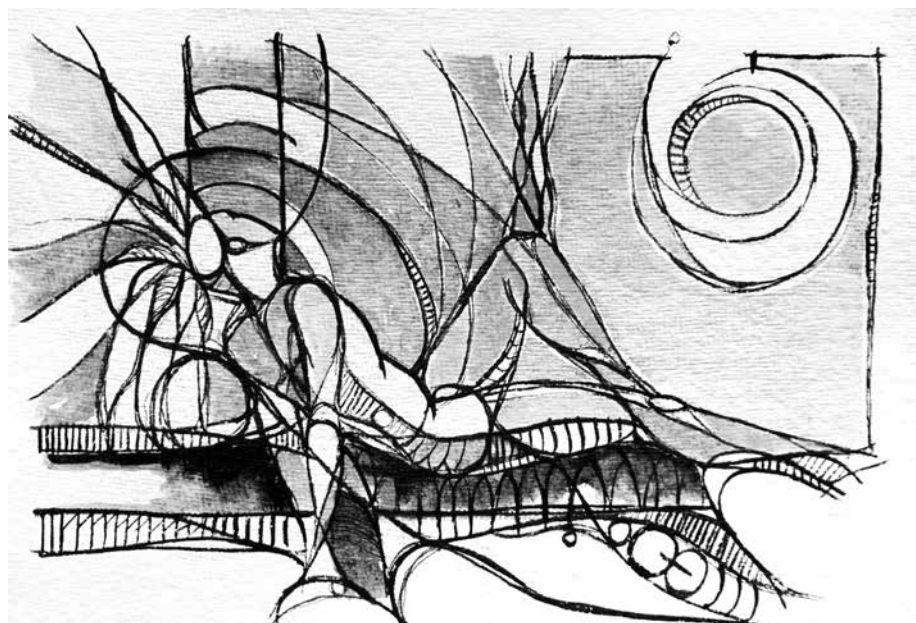
Por la mañana reanudaron el ascenso. Conforme las nubes se alejaban de la superficie al avanzar el día, la vista se extendía abarcando paisajes asombrosos. Los volcanes mayores Popocatepetl e Iztaccíhuatl se imponían con toda su majestad.

—Otra historia de amores malogrados —dijo Marina a Hernando—. Igual que Cuatlapanga, Popocatepetl encontró a su amada inerte al volver de una guerra. Al igual que Matlalcuéyetl, Iztaccíhuatl murió durante la ausencia de su prometido.

Habían alcanzado la cima; correspondía al conquistador clavar un estandarte en el punto más alto, como testigo de la hazaña. Al hacerlo, Cortés declaró:

—Desde agora esta montaña llevará el nombre de Malitzin en honor de doña Marina. No se referirá más a historias tristes, honrará con alegría a la mujer cuya hermosura iguala a su valor e inteligencia.

La aludida envolvió a su amo en una mirada que acusaba pasión: el destino la había entregado a ese hombre para ser el instrumento de su gloria.





## Más fuerte que la historia

Así el sol que te arrebola  
tu fogoso azufre trueque  
en vetas de plata y oro  
por quien te adoren las gentes,  
dirás que un ausente firme  
—que es mucho haber firme ausente—  
quejoso ya de la vida  
pide remedio a la muerte

MATEO ROSAS DE OQUENDO, “Indiano volcán famoso”

Miro esa estatua de piedra que, se supone, es mi imagen... “Bueno, no son exactas mis facciones; exageraron tanto mi musculatura que, si así hubiera sido, habría resultado difícil correr y saltar entre la maleza como un cervatillo”, me digo. Sin embargo, agradezco que hagan honor a mi recuerdo, retando a los dichosos expertos que dudan de mi existencia sólo porque sus tlacuilos españoles no dieron cuenta de qué fue de mí después de la infame y sangrienta batalla...

aquel funesto día en que los intrusos, con sus armas de trueno, se adueñaron de nuestro territorio, de casas y sembradíos, destruyeron los templos en que rendíamos tributo a los dioses, al del agua, cuyo espíritu habita aún el gran volcán, el que nunca pierde la serenidad ni la blanca cabeza, y el del fuego, con quien comparto morada aquí, dentro del volcán hirviente.

Sin duda fui Hueytlatoani Colimotl por derecho, por ser el mejor entre los guerreros de mi pueblo. No sólo defendí con inteligencia y bravura nuestros dominios de los embates purépechas sino que gané para mi reino nuevas extensiones, fértiles por ser cercanas al río, y por recibir de tiempo en tiempo las cenizas de esta montaña, muy buenas para la tierra.

Siguieron a esa guerra muchas lunas felices... Los tecos hacíamos sonreír, desde su cielo invisible, a los tecolli, nuestros abuelos y los abuelos de ellos, los que llegaron por el mar y se establecieron en el poblado que hoy llamamos Tecomán. Generación tras generación habían avanzado tierra adentro, siguiendo el río, en busca de lugares menos expuestos al voluble mar, sitios donde Ehécatl pasara sin enojo y la tierra menos salada permitiera buenas mazorcas.

Aquella bonanza atraía a los purépechas, que asolaban estas poblaciones, hasta que los vencí e hice que pensaran tres veces antes de intentarlo de nuevo. Pudimos dedicarnos a engrandecer nuestras ciudades; el bienestar se percibía en el aroma de flores y sabrosos platillos, en el brillo de los adornos, en las risas de niños y mujeres, en los nocturnos jadeos de las parejas.

Mas poco nos duró el contento. Un día vinieron mis vigías a darme las terribles noticias: guerreros de un pueblo desconocido,

los que antes derrotaron al Hueytlatoani Motecuzoma, se habían apoderado de las tierras allende la gran laguna y del reino purépecha. Esos antiguos enemigos, todavía humillados por el recuerdo de mis victorias, les abrieron las puertas y se rindieron sin pelear, no sin antes darles noticias de nuestra grandeza.

A pesar de su servilismo, al tlatoani purépecha lo habían torturado y matado como a la peor de las alimañas, empeñados en obtener informes sobre el origen del oro que, según mis informantes, era su mayor interés. Acompañaban tan terribles nuevas con detalles acerca de la crueldad de esos hombres: que ataban con lazos de metal ajustados al cuello a quienes de buena fe les habían abierto sus casas, delante de los hombres y los niños violaban a las mujeres, aun a las preñadas o recién paridas para luego obligarlas a servirlos y, cuando se cansaban de ellas, las mataban a palos. A los hombres también los forzaban a hacer trabajos pesados y si se quejaban, los echaban para ser devorados por una especie de coyotes que traían consigo o los arrastraban sus venados sin cuernos hasta morir despellejados. A los pipiltzin les quemaban los pies, untándolos primero con grasa, queriendo obligarlos a que dijeran dónde hallar más oro y plata. Luego los ahorcaban.

A tan terribles relatos acompañaba el anuncio de que ya venía un grupo en busca de mi reino: querían hallar la costa, hacerse de la sal y cumplir su eterno sueño: encontrar mucho oro. Aunque también les interesaban, según me dijeron, unas rocas de las duras, pues de éstas sacaban metal para hacer sus tubos de fuego, además de las piedras olorosas que tiene el volcán en su interior. Al saber todo esto me enfurecí. Preparé a los hombres más bravos para darles el recibimiento que merecían.

Primero a uno y después a otro, derrotamos a dos de sus ejércitos. Les salimos al paso, bien ocultos entre la maleza, antes de que lo esperaran, todavía lejos de la ciudad. Nos apoderamos de sus cabezas para empequeñecerlas según la usanza de los antepasados. Así, al verlos reducidos a adornos para nuestras armas, nos envalentnábamos aún más. Dejamos algunas cabezas, clavadas en palos largos, en los caminos por donde habían llegado. Era una advertencia para futuros intrusos.

Cuando ya bajábamos la guardia, llegado el tiempo en que los hombres se dedicaban a recoger la sal, por la costa norte apareció un ejército más numeroso y organizado que los anteriores. Quisimos agruparnos para dar batalla, pero ya estaban a las puertas de Caxitlan. Disparaban sus armas de trueno, echaban abajo casas y templos, mataban sin distinción hombres, mujeres, niños y ancianos... todo estaba perdido.

Los sacerdotes me convencieron:

—Sólo el dios del fuego que habita dentro del volcán puede salvarnos —aseguraron—. Toma contigo a todas las mujeres que puedas, especialmente a las preñadas y a las jóvenes aptas para la maternidad; es necesario preservar tu raza. Entren por las grutas sagradas a la morada del dios. Que les dé un refugio seguro y se encargue de mostrarles a los invasores de qué lado está, cómo protege a su pueblo. Mientras tanto, nosotros oraremos también a Tláloc.

Dudé por un rato. Confundido, encendí un fuego que iluminara mi mente. Tuve que darles la razón: ya nada podía hacer por mi ciudad ni por mis guerreros; no me quedaba más que intentar lo que decían y ponerme en manos de las fuerzas superiores, además de apostar a un nuevo comienzo para mi pueblo.



Aprovechamos la oscuridad. Cuando los españoles tomaban un descanso, salimos furtivamente y alcanzamos la entrada de la gruta. En el interior encontré una galería, con agua cristalina, donde pudieron instalarse las mujeres. Allí las dejé y me interné más y más en busca del dios para pedir ayuda; confiaba en que a ellas su instinto femenino las conduciría a una salida segura, en el momento adecuado.

No estuve consciente de que, desde ese momento, el tiempo no transcurría de la misma manera dentro que fuera de la tierra.

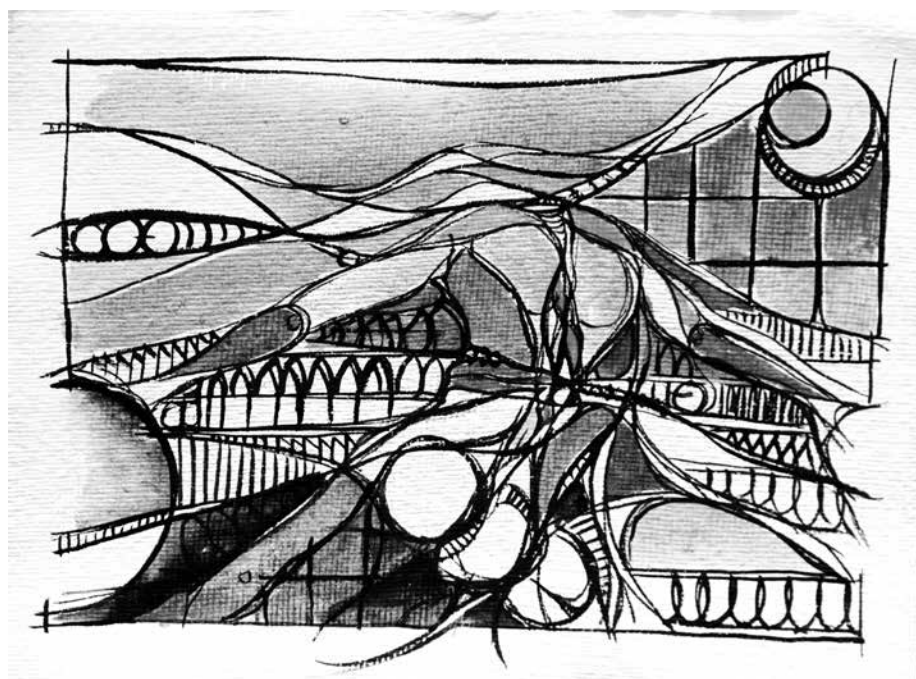
Por fin escuché la respuesta del espíritu:

—Para poner mi poder al servicio de tu raza necesito que te hagas uno conmigo, Coliman. Serán tu rabia y tu coraje los alimentos para desatar mi fuerza.

Accedí, por supuesto. Ahora el volcán y yo somos uno. Su furia se muestra intensamente cuando afuera los abusos en contra de mi gente encienden mi cólera infinita. No hallaremos sosiego, como nuestro vecino, mientras exista quien explote, lastime, abuse de los descendientes de aquellos tecolli que, siglos atrás, creyeron haber hallado un lugar donde establecerse para vivir en paz.

Bien hicieron en escribir allí, bajo mi imagen; que crean en mi existencia o no, soy más fuerte que la historia.







## Ardores tropicales

Érase un valle llamado, con nombre de origen, Jorullo,  
doquiera a lo ancho tendido a través de los agros extensos  
muy apto a la caña de azúcar y a grandes rebaños.  
Innúmeros ríos le riegan bañando sus pingües llanuras  
también adornadas por denso alcornoque de tácitos bosques.  
En parte a la caña asignaba el colono estas tierras,  
que blandas hendía opulento con cientos de arados,  
y en parte también para pastos de innúmeras greyes.  
Rociadas se llenan de néctar y miel las despensas,  
y cándida azúcar se cuaja en los moldes de barro.  
Jamás encerraba en redil al lanoso ganado,  
sino que doquiera entre selvas y abiertas llanuras vagaba  
disforme el rebaño, seguido de muchos guardianes molosos  
que en tomo de sí los regía silvestre pastor con cayado.  
Con esto sumaba el colono manadas de bueyes y alados  
caballos, que el césped riente rapaban en prados  
o en bosques tomaban la umbrosa fresca en sosiego.

RAFAEL LANDÍVAR, “Rusticatio mexicana”

La fina caligrafía lo hacía evocar el rostro perfecto, de rasgos angelicales, que guardaba en las pupilas el generoso ofrecimiento. La misiva recién abierta pareció llenarse con la voz de notas armónicas, moduladas con cuidado por su autora, a quien el barón recordaba vivamente. Seis años habían transcurrido ya desde que volviera de aquella expedición por más de medio continente americano. Desde entonces las horas transcurrían en su estudio, donde desmenuzaba notas y dibujos para armar los volúmenes con sus hallazgos científicos: todo acerca de la geografía, las plantas y los animales propios de esas tierras asombrosas. Descripciones detalladas de lo que la naturaleza prodigara en el vasto territorio del Nuevo Continente. Por otra parte, redactaba largas páginas a partir de sus observaciones sociales y políticas. Salía de ese retiro para intercambiar opiniones con otros estudiosos y, alguna vez, para despejar un poco la mente procurándose furtivos momentos de placer que, esperados con ansias, lo dejaban siempre insatisfecho, pues lo remitían, lleno de nostalgia, a los ardores americanos.

Que la insurrección iniciada en el pueblo de Dolores cobraba una magnitud alarmante, decía doña Ignacia en las primeras páginas de la carta. En la mente de Alexander tomó forma una de las conversaciones sostenidas en París con el joven sudamericano Simón Bolívar, a quien rebatió cuando hablaron de la situación social allende el océano.

—No comparto su visión —declaró entonces ante los apasionados argumentos de Bolívar—. De acuerdo con mis observaciones, si bien no se ama a España en sus colonias, me parece que hay un acuerdo tácito, una aceptación del poder proveniente de la península. Tendrán que pasar muchos años antes de que aquella sociedad,

en cuya cúspide se encuentra gente abúlica, ociosa y, sin agravio de los presentes, ignorante en su mayoría, pueda encabezar un gobierno desligado de la estructura política que lo ha regido por tres centurias.

Recordó cómo había cortado pronto con aquella discusión, pues ese hombre que le resultó pueril, parecía acaparar la atención del joven ecuatoriano Carlos de Montúfar, que lo acompañaba desde Sudamérica hasta su regreso a Europa, incluyendo su expedición por la Nueva España y su visita al presidente Jefferson. También le desagradó la forma poco caballerosa en que Bolívar se expresó acerca de doña Ignacia Rodríguez: “Agua se me hace la boca al recordar sus apetecibles y alcanzables hermosuras...”.

Frente al testimonio de puño y letra de la dama, debía reconocer su error de apreciación y la razón de aquel joven, aunque ni él imaginase que el estallido tendría lugar en la Nueva España y no en los territorios sureños.

El barón Von Humboldt evocó tan vivamente su estancia en aquellas tierras que le pareció regresar a esos días. ¡Cuántas maravillas naturales, qué paisajes llevaba grabados en la memoria, imágenes a las que su habilidad de dibujante no lograba honrar en toda su magnificencia! Y qué variedad infinita de animales, plantas y rocas había recolectado, junto con su compañero inseparable, Aimé Bonpland, y que todavía eran objeto de su estudio y clasificación. Pero quizá más valiosas que esos tesoros, las vivencias: glorias, peligros, encuentros invaluable, intriga... Ahora, sentado en un confortable sillón frente a su escritorio, se le antojaba un sueño, verse inmerso en la selva del Amazonas, cuidándose de las alimañas ponzoñosas y de los cazadores de cabezas, cuyos dardos

venenosos pillaban, en silencio, a los intrusos. Le parecía escuchar su propio jadeo y el de sus acompañantes durante el ascenso a los imponentes volcanes del Ecuador, entre ellos el Chimborazo, hazaña que les valió a él, a Bonpland y a su desde entonces amado Carlos de Montúfar, la marca mundial de ascenso por haber sido los humanos que más se acercaron a la luna al alcanzar su cima. Después de ello, su encuentro con el Pacífico embravecido, a bordo de la fragata Orué, donde temió que, junto con sus vidas, se perdieran las notas, dibujos y muestras de sus hallazgos. En la Nueva España, el otro ascenso que lo marcó, no por su altura, sino por la juventud del volcán: el Jorullo, nacido apenas cuarenta años antes de su visita, en medio de aquel valle fértil donde los habitantes le relataron la experiencia reciente de enfrentarse con la fuerza de la naturaleza.

Una mañana, soleada y tranquila como eran la mayoría en ese valle, según anotara el relato de testigos a los que entrevistó, apareció en el centro del pueblo de La Presentación un forastero, un viejo de larga barba, vestido con un sayal tosco y sucio. Se paró frente a la iglesia y comenzó a dar grandes voces, alzando su cayado: “¡Pronto vendrá el fuego a destruir este lugar! Arrasará casas, siembras y bosques, hará huir a los animales, ¡acabará con la riqueza del hacendado Pimentel, en castigo por sus excesos, y con la tranquilidad de todos ustedes, que tendrán que emigrar en busca de nuevos hogares!”. Tras emitir la profecía, el viejo desapareció tan misteriosamente como había llegado. Quienes lo oyeron fueron a contarlo a sus vecinos y alguien se atrevió a decírselo al patrón de aquellas tierras, quien montó en cólera ante la superstición de sus jornaleros y trató inútilmente de hacerles ignorar tan absurdo presagio. Unas semanas después, justo el día de san Miguel Arcángel, cuando la



rutina hacía olvidar el incidente, un brutal terremoto aterrizó al pueblo. El suelo bajo la iglesia se abrió y partió el templo; varias casas se desplomaron; la gente que corría caía de bruces ante las sacudidas, y una gruesa nube negra cubrió el sol. El aire, espeso, se impregnó de un olor insoportable. El cura arengó a los fieles a salir pronto del pueblo, huir con sus familias lejos de ahí, no detenerse a recuperar ninguna pertenencia. Muchos consiguieron salvarse; otros perecieron bajo techos y árboles o alcanzados por los ríos de lava que surgieron por todo el valle, en el que se abrieron bocas horribles que vomitaban fuego. El agua de los ríos Cuitinga y San Pedro hervía, convertida en veneno sulfuroso.

Para Alexander, quien nunca deslindaba sus observaciones científicas de aspectos humanos, el relato de boca de testigos vivenciales causó una honda impresión. Así lo registró en su diario: “...La gran catástrofe de haber salido de tierra esta montaña, y mudado por consiguiente totalmente de aspecto un espacio de terreno considerable, es una de las revoluciones físicas más extraordinarias que nos presentan los anales de la historia de nuestro planeta”.

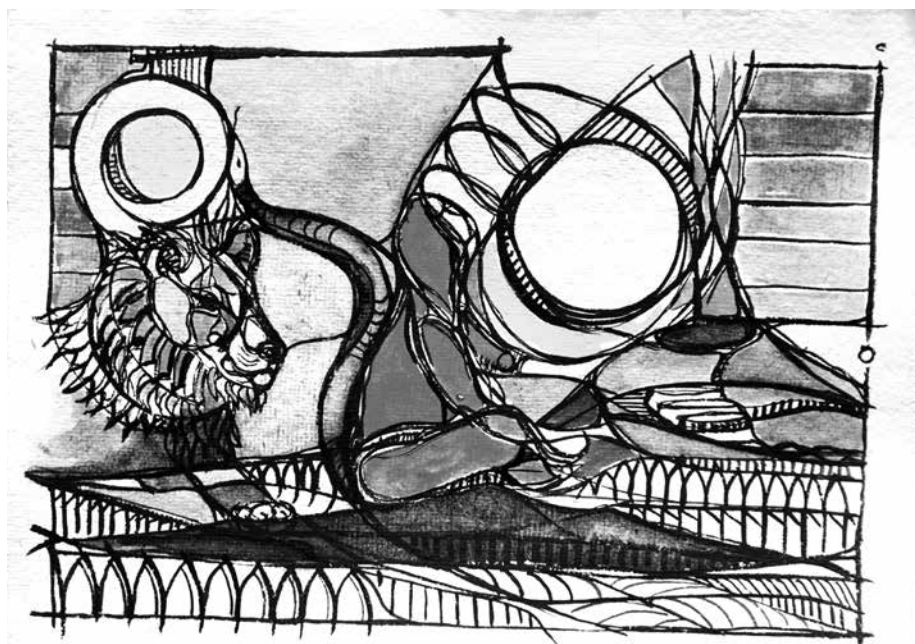
Ahora, el valle que circunda al volcán es aún más fértil gracias a las cenizas, le había relatado unos meses después a doña Ignacia Rodríguez, durante su estancia en la ciudad de México. La gente pudo volver y cultivar de nuevo sus parcelas, pero no ha perdido el temor a un nuevo castigo divino.

Doña Ignacia fue el nombre con que siempre se dirigió a ella. Le parecía, además de difícil de pronunciar, una irreverencia llamarla Güera, como ella misma lo animaba a hacerlo. Recordó con afecto su bello rostro, su pícaro expresión, su talento para escuchar y hacer sentir importante al interlocutor. Sin duda, la más grata compañía,

un hallazgo entre aquella sociedad novohispana de doble moral, plagada de fatuidades que buscaban enmascarar la pobre cultura y la vulgaridad. Qué pena no haber sido capaz de aclararle la verdadera razón que le impedía merecer las atenciones y coqueterías de tan bella dama. No era el destinatario adecuado para esos ardores tropicales... la naturaleza le había destinado otros fuegos.

El barón hizo a un lado la carta de la Güera Rodríguez; la respondería más tarde. Frente a él quedó otro sobre: cuentas de su banquero. Su querido Carlos de Montúfar se daba la gran vida en Europa, abusando de su devoción... Bonpland había tratado de disuadirlo desde el principio de la relación con el hijo del noble sudamericano. Con mucho tacto le sugirió primero; apasionadamente insistió luego en que era mala idea traer al jovencito al viejo continente, pero ¡qué sordo es el ser humano a las advertencias de quienes ven con más claridad!

Tal como desatendió el hacendado de Jorullo la profecía del forastero, no creyó el varón Alexander von Humboldt en la inminencia de la insurrección colonial; fue cándido al no percibir las intenciones de Thomas Jefferson que se negaba a devolverle sus mapas, y también, un necio al no anticipar lo caro que le costaría el cariño del bello ecuatoriano.





## Micaela

Al muro de la región de los ardores,  
se dieron plumas, se va disgregando,  
se dio grito de guerra... ¡Ea, ea, ho ho!  
Mi dios se llama Defensor de los hombres.  
Oh, ya prosigue, muy vestido va de papel,  
el que ya habita en la región de los ardores, en el polvo,  
en el polvo se revuelve en giros.

ANÓNIMO, traducción de Miguel León-Portilla

**Doña Mica se las arreglaba bien** para escuchar las conversaciones de los hombres mientras palmeaba la masa que, bien plana y redondita, iba colocando sobre el anafre. El aroma de las tortillas al cocerse se mezclaba con el del arroz, el guisado de pollo con nopales y los frijoles que hervían al lado, en tres cazuelas.

—Aquí tiene, güerito —dijo acercándose al jefe de la expedición y puso frente a él, en el tablón que servía de mesa, un plato de barro con un poco de cada uno de aquellos alimentos, además de un

tortillero de palma—. ¿Les sirvo de todo? —agregó dirigiéndose al hombre, vestido con un traje de lino estilo safari, que visitaba el sitio rodeado de una comitiva de cinco personas.

—No, muchas gracias —dijo el funcionario que encabezaba el grupo—, almorcé hace poco—. Sus acompañantes, con visible desilusión, declinaron también los apetitosos platillos con un ademán y aceptaron solamente un jarro con agua de jamaica.

—Quién dijera que los gringuitos le hacen más fiesta a nuestra comida que la gente de aquí —masculló Micaela entre dientes—. Y pensar que no van a salir bien librados de ésta; ya entendí las señales allá en la cueva —meditó la encargada de alimentar a aquel equipo de arqueólogos que acababa de descubrir los restos de una pirámide.

Nadie sabía qué era más viejo, si los picos del cerro del Ajusto o la familia de Micaela habitando el pueblo de Santo Tomás y heredando el arte milenario de contentar a los dioses y santos; el saber de mantenerlos en buenos términos para que la tierra reciba lluvia, el viento no arree más de lo necesario y a los cerros no se les alborote el fuego que guardan dentro. Todo eso para tener suficientes granos, para que ni gente ni animales peligren por el mal tiempo y no se repita la furia del dios más anciano, el del fuego, y vaya a quemar y cubrir su entorno de nuevo, como quién sabe cuántos años atrás.

Byron Cummings engulló un par de bocados antes de conducir a Gamio y su comitiva a recorrer el área de excavaciones. Alborozado, mostró a los funcionarios mexicanos la estructura curva que, bien barrida y enmarcada por hilos atados a estacas, constituía el tesoro, el mayor logro al que un arqueólogo aspira durante su vida.

—¡Mire esto! —se dirigió a Manuel Gamio— ¡Una pirámide circular, única en el mundo! Es decir, una civilización avanzadísima cuya impronta fue cubierta por lava, por la erupción del Xitle.

—¡Es extraordinario! —exclamó el mexicano—. ¡Sabía que hallaríamos algo!, justo en San Cuicuilco, como le llaman los lugareños, nombre que, por cierto, me parece un sinsentido lleno de folclorismo.

—Y no creerá si le cuento de dónde sacaron fuerza los trabajadores para romper estas rocas... Hace unos días, en la madrugada, una luz muy brillante, quizás un meteorito, pareció detenerse justo encima de este sitio, donde literalmente danzó en círculos antes de retomar su camino y desaparecer tras el cerro de Zacatépetl. Los trabajadores comenzaron a gritar que era la señal de que aquí había un tesoro escondido y cavaron con ahínco los siguientes días hasta que apareció esto. Un tesoro, en verdad; marcará un hito en el conocimiento del pasado americano. Me he comunicado ya con *mister* George Hyde para pedirle su ayuda en el fechamiento de estos vestigios para comprobar lo que yo me atrevo a pensar: se trata de una cultura antiquísima; la roca volcánica no tiene menos de seis mil años.

Gamio alzó las cejas y tragó saliva. Lo que estaba diciendo su colega norteamericano, amén de resultar un tanto supersticioso y propio de charlatanes, podría revolucionar la ciencia, echaría abajo la creencia universal de que las culturas mesoamericanas eran muy jóvenes en comparación con las grandes civilizaciones de la antigüedad: China, Egipto, Mesopotamia... Se trataba de una afirmación peligrosa que, para colmo, restaría importancia a su reciente libro, *La población del valle de Teotihuacán*, el cual lo tenía en el pedestal

ante los ojos del gobierno y le había valido la aprobación de presupuesto para continuar con excavaciones allá, en la ciudad de los dioses. Encima, el gringo se llevaría las palmas. Mientras meditaba esto, se dejó conducir por el *dean* de la Universidad de Arizona a la carpa donde, sobre un tablón, uno de los estudiantes sacudía con una brocha las piezas recién halladas, para pasárselas a su compañero, encargado de asignarles número, fotografiarlas y registrarlas, con una breve descripción. La vista de las figurillas le produjo un estremecimiento. Parecían hablar, gritar acerca del conocimiento de los hombres que las fabricaron y su respeto hacia el dios del fuego, representado en varias de ellas. Fascinado, Cummings tomó la más grande y completa entre sus manos cuidadosas para acercarla a su colega.

—Mire, la erupción respetó a quien la provocó —afirmó, admirando al ídolo intacto que representaba a Huehuetéotl, el dios del fuego.

Sumido en sus cavilaciones, Gamio veía sin mirar la profusión de restos de cerámica y figurillas, muchas de ellas femeninas, con singulares tocados en forma de coronas de flores y hasta de cascos. Embriagado por el entusiasmo, el norteamericano no reparó en la extrañamente seca reacción de su colega.

Esa tarde, al volver a su casa en Santo Tomás, doña Mica se preparó en secreto: subiría antes del amanecer al Ehecacalco, en lo alto de la montaña. Debía ingresar a la gruta, comunicarse con el Dueño del Monte, el Señor de los Animales. Mientras ponía en un atado su incensario, algunos puñados de copal y cinco hongos secos envueltos en servilletas para no tocarlos directamente, pensaba en el gringuito, como llamaba a Byron Cummings, a quien había



tomado cariño. “Yo siento que algo anda mal allá abajo”, se decía, “clarito le vi en la cara a ese don Manuel que algo no le cuadraba; sus felicitaciones escondían un montón de envidia”.

Cuando una leve claridad anunciaba la inminencia de un nuevo día, Micaela inició el ascenso. A pesar de su edad, sus extremidades respondían sin asomo de dolor al mandato de aquel espíritu recio, forjado a base de trabajo físico, curtido por el aire frío de la montaña y vivificado con la profunda certeza de ser depositario de lo más sagrado entre su gente: el entendimiento de las fuerzas de la naturaleza.

Llegó a la gruta cuando la mañana vestía al bosque con todos sus colores. Se cercioró de que ningún excursionista rondara por ahí y descubriese la entrada al sitio sagrado. Retiró las ramas con que ella misma cubriera la entrada a la cueva hacía algunas semanas, después de hacer la cura del aire y la petición de las lluvias. Una vez dentro, esperó unos momentos para que sus ojos se habituaran a la oscuridad. Cada vez le tomaba más tiempo; ya esos ojos se habían cansado de ver hacia fuera y preferían enfocarse dentro de su mente. Pero no necesitaba ver para saber dónde exactamente se encontraba el dios de piedra, el Tláloc a quien dejara su ofrenda. También localizaba a ciegas el Cuartillo, la piedra labrada con mazorcas que servía de base a la casita de la Señora del Maíz, cuya puerta estaba bien dirigida en dirección de Santo Tomás, su pueblo, para que mandara buena cosecha ese año. Micaela ya se saboreaba los granos gordos que comería tiernos, bien chilositos, tres meses más adelante.

Cuando sus ojos respondieron, abrió su atado. Sacó el incensario y encendió el copal. Luego se sentó y comenzó a canturrear como le enseñara su abuela. Alternaba esos cánticos en la lengua

antigua con la letanía mariana y la oración a Santo Tomás, patrono de su pueblo. Repitió una y otra vez sus rezos hasta que su ánimo estuvo listo. Entonces desenvolvió los hongos. Tomó uno de ellos y le dio una mordida. Masticó lentamente y siguió orando. Añadió el ruego a la Santísima Trinidad para que su viaje tuviera regreso.

El león y la serpiente, dominados por ella el día de su iniciación, muchos años atrás, se presentaron para escoltarla a través de la puerta invisible que conduce a la morada de los antiguos dioses. Allá la esperaba el Dueño del Monte, quien respondería sus cuestionamientos. Para abrirla sería necesario comer un pequeño bocado de nicoaninanácatl, el otro hongo. Si ingería un milímetro de más, no volvería. Mordió con cuidado. El león dio un enorme rugido, la serpiente se incorporó y una roca se movió, dejando un túnel al descubierto. Micaela escuchó la voz ronca, imperativa, que provenía de las entrañas del Ajusco, el Axochco, “donde brota el agua”.

—¿Qué quieres saber? —preguntó el Poderoso.

—El futuro del gringo, el señor Cummings... ¿revelará la historia de nuestros antepasados? ¿Vendrán de todo el mundo a hurgar los secretos de estas montañas?

—Te dejaré ver algo del pasado y del futuro; las conclusiones serán tuyas.

La adivina sintió que todo giraba a gran velocidad. Como pudo, se asió a las rocas. Entonces comenzaron las escenas. Allá abajo, en San Cuicuico, había una gran fiesta. Al ritmo de tambores, caracolas, flautas y cascabeles cantaba un coro enorme, mientras decenas de danzantes subían y bajaban el camino en espiral que rodeaba la estructura circular... la misma que ahora desenterraban los gringos. En la explanada superior ardían incensarios llenos de copal.

Sobre un altar, una enorme escultura representando a Huehuetéotl recibía, inmutable, las muestras de adoración mezclada con temor de aquel pueblo. De pronto se hizo un enorme silencio, sólo interrumpido por los sollozos ahogados del guerrero sostenido por las cuatro extremidades sobre la piedra de los sacrificios. El sacerdote principal levantó el brazo; en su mano brilló, reflejando los rayos solares, un puñal de obsidiana. El grito ritual del verdugo pareció un murmullo, opacado por el rugido de la tierra. Un temblor violento hizo tambalear a aquella gente que comenzó a correr, despavorida, hacia sus casas a recoger algunas pertenencias para huir a toda prisa. En el horizonte se alzó una columna de fuego que se precipitó montaña abajo, en un enorme río de lava que arrasaba con cuanto hallaba a su paso. A la terrible escena siguió un panorama negro: un paraje rocoso donde no crecía ni la hierba; sobre las rocas tibias el cielo gris, mezcla de humo, polvo y vapor, impedía el paso de los rayos solares.

—Ese pueblo creía tener bajo su control a la naturaleza; arrogantes, los cuicuiclas pensaron que sus ritos infantiles mantendrían a su favor nuestro poder. Tuve que dejar que saliera el fuego de mis entrañas a través de mi xititl.

Micaela se sintió lanzada a través de aquel túnel subterráneo. Cuando se detuvo, nuevas escenas se sucedieron frente a ella.

Vio cómo dinamitaban la roca alrededor de San Cuicuicla, destruyendo los vestigios que rodeaban la llamada pirámide circular. En imágenes vertiginosas, se erigían monumentos, vialidades, edificios con cientos de viviendas... Testificó la destrucción del observatorio astronómico de los cuicuiclas, un ingenioso espejo de agua que servía para convertir a dos dimensiones la bóveda celeste

y poder estudiarla. Sobre ese pavimento se alzó un conjunto comercial. Tuvo ante su mirada el abandono de la pirámide, al lado de una vía por donde los vehículos transitaban a gran velocidad; el pequeño museo, triste y olvidado. Nada daba señales de que aquellos hallazgos hubiesen trascendido.

—¿Y el señor Byron? —se atrevió a preguntar.

Entonces pudo verlo: viajaba de regreso a su país. Llevaba gran cantidad de equipaje que contenía evidencias de su reciente hallazgo. Al llegar a su destino, quiso recuperar sus maletas y paquetes: habían desaparecido. Pasó horas sin moverse de aquella estación a la que regresó cada día durante semanas en busca de sus tesoros. Ni una huella ni una pista; sólo le quedaron unas cuantas fotografías y su libreta de apuntes, lo que llevaba en el portafolios y en su memoria.

Micaela vio de nuevo a Cummings en otra imagen: muy anciano, con el rostro sereno, rodeado de jóvenes estudiantes que lo miraban con admiración y respeto.

Ruido de pasos y voces en la cueva la hicieron volver del profundo sueño. Asustada, se ocultó tras una roca.

—¡Aquí está: el famoso Cuartillo! —dijo uno de ellos.

—Sí, padre, éste es —le contestó otra voz.

—Entren por él —ordenó el sacerdote—. Sacaremos esto de aquí para acabar con los ritos diabólicos; pondremos la piedra en el atrio de la iglesia, entre los muertos. No más peticiones a los dioses paganos, para eso están los santos allá en nuestro templo. Se acabaron la diosa del maíz, el señor del monte y sus dioses de la lluvia.

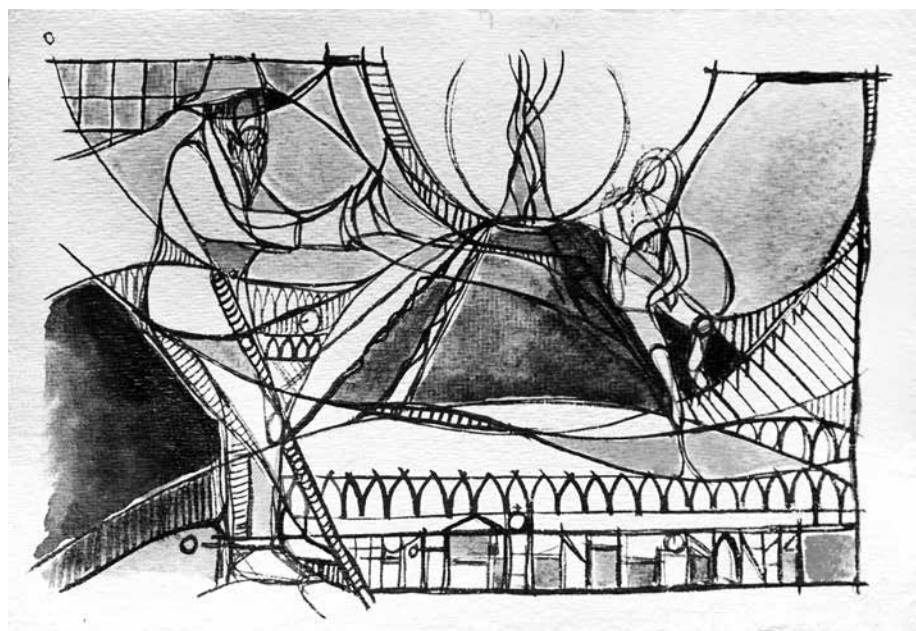
Por horas se escuchó mucho movimiento: picos, palas, cadenas y motores. Después de salir, taparon con rocas la entrada de la

cueva. Cuando volvió el silencio, Micaela supo que estaba perdida: era prácticamente imposible salir de allí...

—¡Y para qué!, después de lo que he visto —se dijo.

Al palpar a su alrededor sintió los hongos. Me iré de nuevo y no volveré jamás, pensó mientras se llevaba a la boca el resto del nicoaninanácatl.









## Perdón, el fin del mundo

El Universo entero derrama sobre el Volcán el imponderable fluido —llueve luz— llueve luz del Cosmos sobre el Mundo y la Montaña baña su cima nebulosa infinita del Caos pulverizado en soles.

DOCTOR ATL, “Las sinfonías del Popocatépetl”

**Mi madre estuvo en este lugar** antes de que las rocas se enfriaran, cuando el cielo se cubría con un capote negro adornado con lentejuelas de lava incandescente. Esta idea, que se antoja increíble, no deja de repetirse en mi mente mientras otra parte del cerebro, la de aquí y ahora, se concentra en dirigir mis pies sobre las piedras planas, para evitar una caída poco elegante.

A esas dos tareas agrego otra, primordial: llenar mi espíritu con la belleza del panorama, admirar desde sus faldas el cono del Parícutín, con su Zapichu, su niño todavía humeante al lado, e imaginar los sucesos que en 1943 transformaron para siempre el

paisaje y la vida en este rincón michoacano, donde quedó incrustado, entre bosques y tierras fértiles, un manto de rocas que sepultaron dos pueblos con sus milpas.

—Yo era un muchacho cuando esto sucedió —me sorprende la voz y la presencia de un anciano que, a pesar de su aparente deterioro físico, salta entre las rocas con agilidad de duende. Trae un bastón de amate y cubre uno de sus ojos con un pañuelo raído, que alguna vez fue rojo—. Soy de aquí arriba, de Angahuan, donde primero se sacudió la tierra y tiró una casa, un mes antes de que naciera el volcán. Todos los días temblaba. La gente tenía mucho miedo: “Algo va a pasar, algo terrible”, decían las mujeres y se juntaban en la iglesia. “Perdón, perdón, viene el fin del mundo”, rezaban, lloraban. Y la tierra les respondía con ese olor a diablo y con la niebla que cada vez se extendía, más larga y alta, desde los pueblos vecinos, el de San Juan Parangaricutiro, que llamábamos San Juan de las Colchas, porque todas sus mujeres tejían y tejían colchas para llevar a vender, y el de Paricutín, que en nuestra lengua quiere decir “el del otro lado”, pues estaban cada uno a un costado de la iglesia de abajo, esa de la que sólo quedan el altar milagroso y el campanario. Así se sentaban en la misa, cada quien del lado que le correspondía. Allí encontré por primera vez a Antonia, un domingo que me dio por llegar hasta esa iglesia para ver caras distintas. Me paré junto al campanario a mirar a los que entraban, unos por la derecha, otros por la izquierda, sin revolverse, con los ojos bajos para no cruzar ni el saludo. Pero la Antonia (luego averigüé que así se llamaba), alzó la cara, curiosa, cuando me descubrió. En cuanto perdió el paso y enrojecieron sus mejillas supe que no dejaría de bajar al valle hasta que consiguiera robármela. Eso fue poco antes de los temblores, en la fiesta de la virgencita de Guadalupe.

”Desde entonces casi a diario rondé su casa, en espera de verla salir, de dirigirle la palabra. Soñaba con arrinconarla y robarle un beso bien plantado, sentir sus formas aunque fuera por encima de la ropa... A ella se le encendió también el deseo; me lo confesó entre suspiros y arrumacos cuando mi sueño se cumplió. Tarde se me hacía para correr a diario, limpio y acicalado, a nuestro escondite en su pueblo.

”Por eso anduve más cerca de la nacencia del volcán, porque cada tarde cruzaba la joya; pasaba cerca de la llamada piedra del sol, donde se abrió el primer hueco que exhalaba ese humillo apestoso, cargado de arena gris, que día a día se iba haciendo más grande hasta parecer una pera; dentro hervía la arena con ruido como de agua en una fuente.

”Fue a principios de febrero cuando vi salir chispas y chorros de piedra del agujero aquel. No llegué a casa de Antonia; regresé corriendo como conejo a Angahuan sin atreverme a decir a nadie para que no me tomaran por loco o pensarán que trataba con demonios. “Perdón, el fin del mundo”, decía para mis adentros, enojado conmigo mismo por miedoso y pidiendo, a distancia, perdón a Antonia por no haber ido a verla.

”Al poco cundió la noticia: nada de fin del mundo; era un volcán, una montaña nueva que iba a crecer allí al lado. Los de los pueblos de abajo debían abandonar sus casas, sus milpas, cargar con lo que pudieran y mudarse a otro lado. Nosotros, como estamos arriba, esperaríamos a ver si Angahuan se salvaba. Comenzó a llegar gente de lejos; tuvimos que aprender a hablar español, porque aquí, hasta entonces, casi nadie sabía esa lengua, sólo la nuestra, el purépecha. Menos sabíamos de aparatos para medir, cámaras, helicópteros y altavoces.

”Yo no encontraba sosiego y era más por no saber de Antonia que por lo del volcán y por la invasión de todas esas personas: los expertos, los de las cámaras y los soldados que mandó por delante el general Cárdenas, que vino a convencer a la gente del valle de dejar sus casas. Con él y el montón de fulanos que lo seguía bajé a Paricutín. El río de lava parecía tomarse su tiempo para formar las dos corrientes que iban derecho al pueblo. Vi cómo derribaba los muros de la iglesia, la llenaba, rodeaba altar y campanario hasta ahogarla casi por completo en el lodo hirviendo, anaranjado, respetando el altar y las partes elevadas de la fachada. La gente gritaba: “¡Milagro!”. Otros seguían pidiendo perdón, sin quitarse la idea de que venía el fin del mundo.

”Pensé en aprovechar ese desorden para ir a robarme a Antonia; tardarían en saber que estaba acá conmigo, pero no imaginé que su mamá se había encerrado con ella; atrancó puertas y ventanas con palos y muebles porque se negaba a salir de su casa. “Si es el fin del mundo, ha de hallarme la muerte en mi casa; qué vamos a andar mi hija y yo peregrinando por otras tierras en busca de techo y comida”, gritaba desde dentro.

Ningún caso hacía de la gente que empezaba a juntarse alrededor a darle mil razones. A gritos llamé a Antonia: “¡Sal tú; la lava está cerca!”.

”Pero ella, obediente de su mamá y enmuinada porque no había bajado a verla desde hacía semanas, ni siquiera me respondía. Tuvo que venir el propio general Cárdenas y ordenar a sus soldados que tiraran, a hachazos, las paredes de madera. Sacaron a fuerzas a las mujeres y las subieron a un camión del ejército, del que logré colgarme alegando que era su marido. No habíamos avanzado mucho

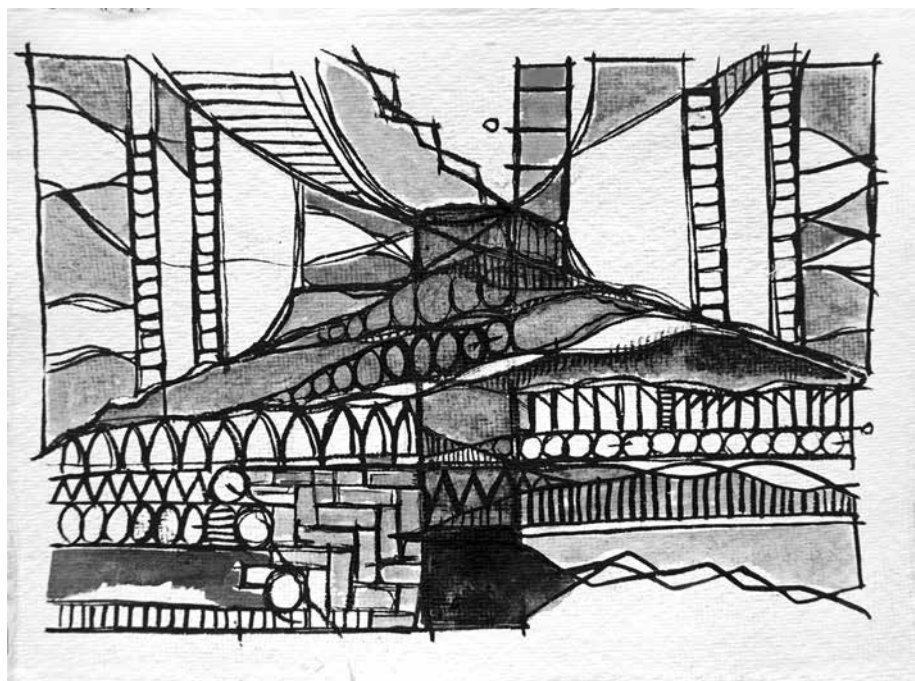
cuando pudimos ver la lava arrasar la casa. Así conseguí traerla conmigo, con todo y su madre, a Angahuan; la suegra murió pronto, dijo el curandero que la envenenó el volcán. Por lo mismo, por los vapores, la Antonia nunca pudo darme chamacos.

”A sus vecinos los llevaron a un lugar llamado Los Conejos, cerca de Uruapan. Dicen que al poco tiempo no quedó ningún hombre, puras mujeres y niños: a esas tierras no se les sacaba ni para unas cuantas tortillas. Todos se fueron para el otro lado y muy pocos volvieron. Algunos mandaron dinero una vez o dos; después no se supo de ellos.

“Ésa es la historia”, concluye Francisco antes de desaparecer saltando de nuevo entre las rocas, unido a un paisaje que es, como él, testimonio vivo del poder de la naturaleza. Su relato, como la vida de Antonia y su madre, se diluye en el aire claro; va a engordar más a las nubes blancas que surcan el cielo michoacano.

Sigo allí, sentada en una roca, entre los despojos de la iglesia de San Juan, del pueblo entero, respirando una paz que contrasta con las imágenes de esa erupción salvaje. Recuerdo los cuadros de Atl y a mi madre cuando me contaba del cielo ennegrecido, de los relámpagos y las piedras incandescentes volando a gran altura. Y medito acerca del relato que acabo de escuchar... ¿A cuántos Franciscos habrá conocido mi madre, en compañía del doctor Atl, bajo un cielo coronado todavía de rocas incandescentes? ¿Por qué ese amante de los volcanes dejó fuera de sus cuadros las historias humanas? E imagino un mural gigantesco, con el Paricutín en plena erupción al fondo y una escena tipo *Guernica*, con casas ardiendo y gente que corre, cargada con algunas pertenencias. Entre ellos va Francisco, con su cayado y su paliacate intensamente rojo, tirando

de la mano a una Antonia muy joven. El cuadro se titula: *Perdón, el fin del mundo*.







## Entre cuatro paredes

Todo lo que la sombra  
hace oír con el duro  
golpe de su silencio:  
las voces imprevistas  
que a intervalos enciende,  
el grito de la sangre,  
el rumor de unos pasos  
perdidos.

JAVIER VILLAURRUTIA, “Nocturno”

Por fin tendrá paz mi alma, eternamente desconocida por su nombre verdadero: José Miguel Ramón Aducto Fernández y Félix, nacido en Nueva Vizcaya hacia finales del siglo XVIII, huérfano a quien los vaivenes de la vida convirtieron en otro: un héroe fugado con un nombre que me inventé, embriagado de gloria por haber hecho posible la entrada de mis compañeros de armas a la ciudad de Oaxaca. Guadalupe Victoria... ¡vaya nombre de comediante de

opereta! Llamado de esa manera combatí, goberné y entré en un ataúd aquí, en esta sólida construcción donde se me sentenció a vagar por siempre. Un buen lugar por la cercanía con Nappatecuhtli, “el señor de los cuatro rumbos”, como se llamaba el Cofre de Perote, volcán de la cabeza cuadrada cuyo interior fue mi albergue durante los tiempos más difíciles de mi azarosa vida. ¡Pobre montaña! Sagrada para nuestros antepasados; los conquistadores la degradaron: pasó de dios a baúl, bajo el mote de cofre del gigantón mesonero Pedro de Anzures, que se hizo rico dando hospedaje y alimento a los viajeros en este paso obligado desde el puerto hacia la capital de la Colonia.

Recuerdo cómo me hice huésped de sus entrañas. El Congreso de Chilpancingo, encabezado por el generalísimo Morelos, me nombró general brigadier y me asignó el mando de una división del Ejército Insurgente, destinada a combatir en Veracruz. Se trataba de una responsabilidad enorme: detener el flujo de tropas, armas y víveres que llegaran al puerto, minando la fuerza de los realistas.

Al principio la envidia y la sorpresa sumaron victorias a mi recién estrenado apellido. Controlamos el Puente del Rey, cortando el paso de Veracruz a Xalapa. Pero el virrey envió refuerzos y, al poco tiempo, los realistas recuperaron el puente y tuvimos que dispersarnos. Uno de mis hombres, nativo de la región, ofreció conducirme a las grutas del sotomonte.

—Mi padre es un tlamatine —me explicó—. Se encarga de hacer ceremonias para controlar el tiempo, para que el Señor que habita la montaña de las cuatro paredes no arruine las siembras con pocas o demasiadas lluvias. Trataré de convencerlo de que nos permita ocultarnos en la cueva que llaman lugar de encanto.

Lo seguí hasta una choza muy pobre que se erigía al pie del volcán. No sé cómo persuadió al padre, pues hablaban en su lengua, de llevarnos al interior de aquella gruta sagrada. Allí había unas trojes de hielo a las que llamó neverías.

—Mire, general, dice mi papá que estas cuatro ollas pertenecen a los dioses antiguos: una llena de granizo, otra de relámpagos, una más con truenos y la última con nubes. Éste es el respiradero de la montaña. Por eso se convirtió en el lugar donde se pide al Señor que se apiade de los vecinos de Xocotepec y Xico.

Quizás se tratara de supersticiones, pero en esa cueva me sentía a salvo; me embargaba una sensación de paz que no hallé nunca en otra parte. Por eso volví allí cada que la suerte me abandonaba, cuando mis enemigos me perseguían... sobre todo el peor de ellos: el mal que se introducía en mi mente y me provocaba los terribles ataques, los relámpagos que se apoderaban de mi espíritu y me hacían convulsionar como un poseído por el demonio. Dentro de ese santuario nunca me atacaron: la naturaleza me protegía y me incluía en su equilibrio. De mil amores habría cambiado el Palacio Nacional por ese sitio pacífico durante el breve tiempo en que porté la banda presidencial a la que muchos aspiraban, especialmente mis supuestos aliados, el vicepresidente Nicolás Bravo y el general Santa Anna, que tanto se encariñó con ella.

La gratitud y el afecto me ligaron a estos lares. Por ello fundé en el antiguo fuerte el Colegio Militar: deseaba cambiar el destino lúgubre del edificio con la inyección de juventud de los muchachos que se preparaban para defensores de nuestra recién nacida república.

Aquí me condujeron, junto con mi adorada esposa María Antonia, cuando ya la enfermedad no me permitía llevar una vida

decente en mi hacienda de San Joaquín del Jobo. Tonchita tenía la esperanza de que los médicos militares hallaran una cura que me permitiera gozar unos años con ella, mi recién casada. Mas las cartas se habían echado; no era mi destino la tranquilidad ni en el hogar ni en la política, ni siquiera después de la muerte, pues aquí sigue mi ánima penando, incapaz de cruzar la llanura y volver al volcán.

Conmigo, fortificado entre estos sólidos muros, permanece también el grupo informe compuesto lo mismo por fantasmas de trabajadores indígenas, los que dejaron su energía durante la construcción de estas catorce hectáreas pétreas, que por piratas e invasores prisioneros, soldados y cadetes y hasta algún capellán que exhaló aquí el último aliento.

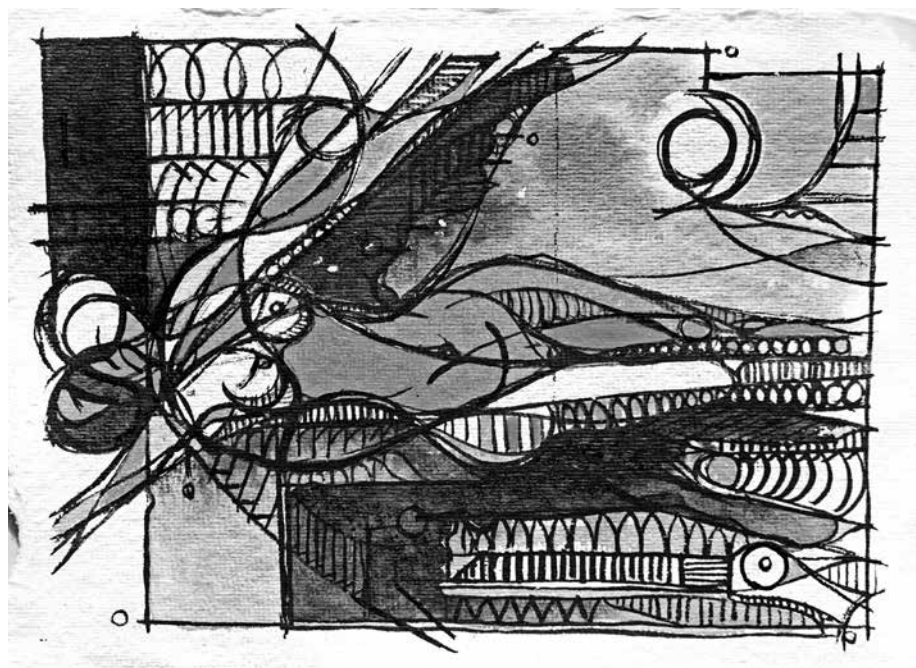
De entre todos mis compañeros busco la charla del coronel don Pedro Fages, gobernador de California, durante tiempos coloniales, que por azares de la suerte vino a fallecer también entre estos muros. Me gusta su sentido del humor que ha llegado a contagiarme. Con él y con el comandante Mendoza, el que encabezó el levantamiento de la guarnición del fuerte en contra de don Benito Juárez, que deseaba reelegirse, formamos un trío de elite y sobrellevamos la muerte lo mejor posible. Como chiquillos, haciendo creer que somos los legendarios centinelas Juan de Ferrer y Jaime Castells, cuyas efigies flanquean la entrada del castillo, nos hemos divertido por décadas haciendo más aterradora la estancia de prisioneros y custodios. Es increíble ver llorar de miedo a hoscos militares, a condenados a muerte y a peligrosos asesinos y violadores.

Engañamos aun a médiums y chamanes que vienen a tratar de dialogar con nosotros y con los demás espíritus que por aquí

rondan. Logramos asustarlos tanto que han jurado que los espíritus atrapados aquí poseen ligas con fuerzas malignas.

Pero ahora que el fuerte ha dejado de ser cárcel para convertirse, según dicen, en museo, poca diversión nos queda. Don Pedro ha perdido la inventiva; Mendoza la pasa durmiendo y yo he vuelto a mi antigua depresión; repaso tristemente la historia del país al que aposté tantas veces mi vida, el que una vez creí que me amaría bajo el apelativo, gloriosamente adornado, de su devoción favorita. He llegado a envidiar al traidor Santa Anna y al ambicioso Iturbide cuyos recuerdos no se perdieron. En esos momentos tristes pienso en el Señor de los Cuatro Rumbos y sufro. Cuánto daría por volver a su interior, aprender de su paz y su manera de resignarse a no conservar ni el nombre, a no ocupar un lugar importante en el imaginario de un país donde no se reconocen la honestidad ni la buena voluntad.









## Fiesta en Tsu'an

*Sa'sabü, suñipü Pyonba pabiñomo.*

*Tsameyomo' sügdsüjkpabü' kyixka' ku'yomo.*

*Tsameyomo' yajk sü'nbabü'ijs te' tsu' y yajk tsu'ajpabü' te' jama.*

*Tümü' une', tümü pabiñomo, tümü yomo', tümü chu'we'.*

*Tsameyomo', yajk tu' byabü'ijs te' matsa' y yajk ja'pübyabü'ijs te' müü'.*

*Tsameyomo', ijtubü ükubü' y tü yajk jamemitabü'ijs te' tijuribü tiyü dü jambü'ubü'am.*

Pyonba pabiñomo hermosa, excelsa, Señora del Volcán.

Señora que celebra sus enojos con fiestas,

señora de noches multicolores y días oscuros.

Niña, joven, señora y anciana de belleza temida.

Señora que apaga las estrellas y enciende los rayos,

que duerme despierta, que recuerda el olvido.

Variante de Chapultenango, traducción de Domingo Gómez  
Domínguez.

Aquí, en Tsu'an, el lugar del embeleso, todos los días son de fiesta.  
Nosotros, los que aceptamos la invitación de Pyogba Chu'we, “la

señora que arde”, dueña del volcán Tsitsungotsöjk o Chichón, que le llaman; vivimos esta espera gozosa, hasta que nuestra ama nos diga que ha llegado la hora en que los zoque, los auténticos, los de la palabra verdadera, estemos listos para volver a nuestras tierras. Pero, ¿qué prisa tendríamos por regresar a esa existencia, a la pobreza y la explotación que sufrimos por tantas generaciones?

Hablaban los abuelos de tiempos lejanos, antes de que llegaran los ladinos, antes de que los mayas construyeran sus portentosas ciudades o derivasen en los llamados tzotziles, tzetzales o chamulas, cuando sólo los nuestros, los o’depüt o zoques, vivían alrededor del volcán, disfrutando de la riqueza de la tierra. En ese tiempo la Pyogba era una niña, se llamaba Pyogba Une. Atraía por su cabellera rojiza; los ojos que pasaban del café al verde, como agua de estanque removida, de acuerdo con la hora del día. Cuentan que era inocente y bondadosa; jugaba con los chamacos a quienes sorprendía por ser capaz de palmear y cocer a un tiempo las tortillas, con el calor mágico de sus manos. La seguían los perros, los pájaros y los tejones; hasta los cervatillos se le acercaban sin temor. Por las noches entraba a su casa Tsu’an por una gruta que se abría sólo para ella en las afueras de la antigua ciudad.

Varias generaciones más tarde, pues duró siendo niña por muchas lunas, en su torso brotaron dos colinas pequeñas.

—Son mis dos pequeños volcanes —decía, ruborizándose.

Su encanto había crecido y a su magnetismo natural agregó el deseo de imitarla que provocaba en las mujeres y el de tocarla, acariciarla, estrujarla que despertaba en los hombres. Cambió también su nombre, ahora se hablaba de ella como Pyogba Pabiñomo,

“joven ardiente”. Ella disfrutaba su popularidad, mas nunca permitía que ninguno se propasara...

—Soy de todos; no puedo ser de uno. A esta distancia los hago felices; más cerca causaría dolor y muerte —les decía, sin explicar, pues siempre ha hablado sin claridad, para que sólo descifren su lenguaje los que conocen el fondo de las palabras. Dice, por ejemplo: “La puerta de mi Tsu’an está protegida por fauces de jaguar”, refiriéndose a su vagina dentada, que causó la muerte a los mejores guerreros mayas, quienes creyeron haberla hecho prisionera para solazarse con su legendaria belleza.

Fue después de evadirse de aquel secuestro cuando se encerró en el volcán y dejó de convivir con nuestros ancestros, ofendida porque no la protegieron de esos hombres ni defendieron con virilidad su ciudad y sus tierras, primero de los mayas y más tarde de los mexicas, o tal vez avergonzada por haber perdido la doncellez, convirtiéndose en Pyogba Chu’we, “señora que arde”.

Los antiguos zoques se quedaron como huérfanos. Tristes y oprimidos por otros pueblos, aprendieron a curar la nostalgia hundiéndola en aguardiente que hacían con maíz fermentado. Así se olvidaban de haber sido libres, del tiempo en que no pagaban tributo con el fruto de su trabajo y llegaron a creer que la Pyogba había sido una visión provocada por ese pox que se adueñaba de sus mentes y las de sus abuelos.

Igual que otros pueblos, creían que pagar tributo a Tenochtitlán los humillaba; tampoco sabían que vendrían peores opresiones, que serían despojados de la tierra y convertidos en siervos, maltratados por españoles y ladinos, destinados a dejar la vida en jornadas de sol a sol, alimentados con un poco de café, pozol y, una vez al día, un plato de frijoles con tortillas.

Al paso de incontables cosechas, el hambre empobreció el pensamiento. Los que aprendían la lengua y las costumbres de los ladinos, despreciaban la palabra auténtica, el saber antiguo. Algunos aceptaron que aquellas ideas venían del demonio y debían ser erradicadas; incluso olvidaron que el nombre de nuestro pueblo no era Francisco León, sino Coalpitlán, apelativo satanizado por referirse a serpientes, animales malditos por la Iglesia, al que alguna vez añadieron el de Santa María Magdalena, el cual nos cuadraba mejor porque podíamos rezarle pensando en la Pyogba.

Así fue que, cuando en el año 1982 de la cuenta nueva la tierra comenzó a zangolotearse, cada quien se aferraba a una explicación diferente.

Unos dijeron que la madre tierra estaba enojada, que ya no aguantaba los malos tratos. Otros aseguraban que era una batalla más de la eterna lucha entre san Marcos y su nagual, el león alado, y que nuestra suerte dependería de quien ganara. Los que más iban y venían habían estado en Ixtacomitán, donde consultaron la caja parlante de don Patrocinio que, según ellos, recibía mensajes directos de san Miguelito, y éste les dijo que pronto tronaría el cerro. Y no faltaba el interesante que juraba haber soñado con fuego saliendo de la boca del volcán.

Sobraron rezos y santos paseados; hubo hasta animalitos sacrificados a la usanza antigua para apaciguar las fuerzas sobrenaturales. El 28 de marzo, después de un temblor más fuerte, echaron campanas al vuelo en todas las iglesias de los alrededores; eso, determinaron unos, hizo que el volcán enfureciera. Los que tenían adonde llegar en Tuxtla o más lejos, empacaron y se fueron.

Sólo unos pocos decidimos quedarnos a la fiesta que llevábamos preparando. Nos había elegido una anciana andrajosa que apareció por el pueblo algunas semanas atrás. No habló a los que la miraban con desconfianza o hasta con desprecio. Pero escogió entre los jóvenes a quienes, en nuestra lengua y con la delicadeza debida a los viejos, la saludamos. Entonces, acercándose, nos dejaba ver sus verdaderas facciones: joven, muy bella, de ojos verdosos.

—Quiero celebrar mi cumpleaños entre ustedes —nos decía—. Será poco antes de la fiesta de san Vicente Ferrer, pasando el Viernes de Dolores, porque soy respetuosa de las creencias de sus vecinos. Habrá baile con tambores, prenderemos castillos. Vayan preparando todo, volveré entonces.

Luego desaparecía.

Estuvimos trabajando duro esos días para tener lo necesario: el poreane o pan de maíz de las fiestas, suficiente pox, carne seca de iguana y conejo, harta leña rajada. Afinamos los violines; limpiamos flautas y tambores.

El 2 de abril sentimos su llamado. Como los animalitos, que huyeron ese día, adivinamos que era el momento. Los elegidos nos reunimos en el salón donde se hacen las fiestas, y empezamos a tomar, esperando que la Pyogba apareciera. Tal vez bebimos demasiado, porque nadie recuerda muy bien en qué momento llegó ella, por qué camino nos condujo hacia acá, a Tsu'an, su hogar.

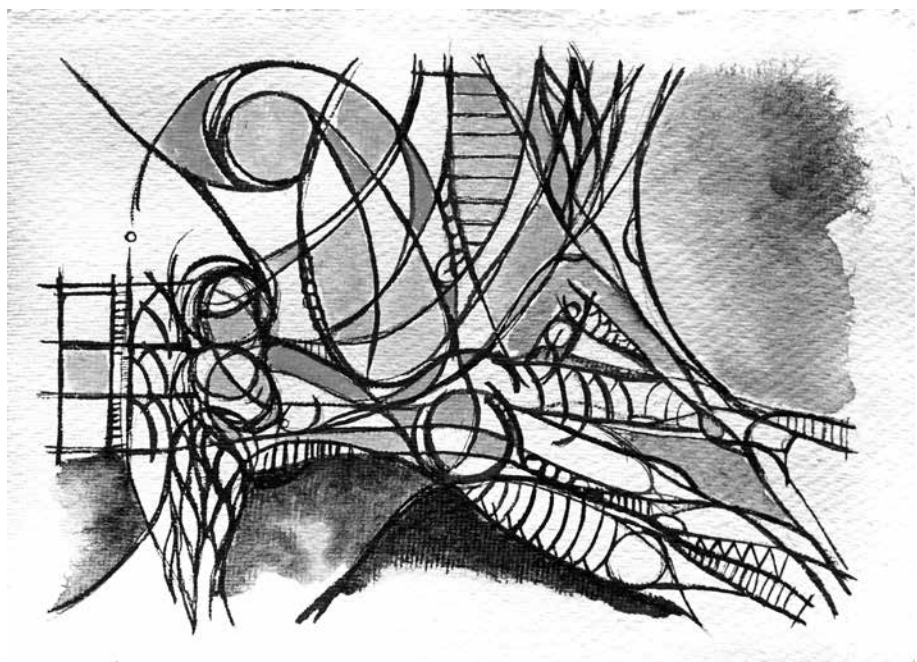
Ahora somos huéspedes de este sitio de embeleso. Nada nos falta. Podemos enterarnos de lo que ocurre fuera sin sentir pena.

Vimos cómo la luna se puso azul en tanto el cielo se oscurecía; las víboras de fuego rompían por momentos la nube negra que parecía un hongo inmenso. La lluvia de arena y piedras destruyó

las casas de nuestro pueblo y de varios vecinos. Los que trataban de huir no lograban avanzar en el lodo chicoso y caliente que cubría los caminos. Si alcanzaban a llegar a algún refugio, se hacinaban allí con hambre, con miedo y la desesperanza de un futuro triste. Venía gente del gobierno a hacerles promesas, muchas cámaras, y soldados invadieron la zona.

Y nosotros aquí, de fiesta, todavía embelesados... Pero volveremos, según nos anuncia la señora del Tsitsungotsöjk, a poblar las tierras que por antigüedad nos corresponden, en un tiempo nuevo en que nuestros pensamientos y nuestra lengua serán respetados y admirados.

Entonces la Pyogba estará tranquila. Ella y su volcán.







## Abrazo eterno

Desde una estrella mi deseo perfecto  
y el alba fría de siempre y esperanza.  
Oh, rosa solitaria, pareces  
un abismo y mil cadáveres de hielo

EFRAÍN HUERTA, “Alba desde una estrella”

Mi emoción era tal que no sentí pena alguna al despedirme de mi madre. No me conmovieron sus lágrimas y desoí su ruego.

—No vayas, Juan; he soñado que un águila enorme se apodera de ti, se eleva hasta la estrella y luego se deja caer, contigo entre las garras, por el cráter del volcán, —me dijo, en medio de un abrazo aferrado.

—Me he preparado bien, mamá, no te aflijas. Pasé sobradamente los exámenes y ya tengo experiencia en tres montañas. Mi entrenador confía en mí y estará a mi lado todo el tiempo. Además, soy joven, mi cuerpo aguanta cualquier cosa —le respondí, tratando de

minimizar su angustia—. En unos días estaré de vuelta y no lo haré más —prometí sin pensarlo y, tras un beso rápido, me zafé de sus brazos.

Partimos antes del amanecer de una mañana de octubre. Alborozados, nuestras piernas parecían tan ligeras como las de un cervatillo.

Pronto estaríamos poniendo nuestra marca en la cumbre más alta de este país y tercera del continente. Y no le conté a mamá lo que más me emocionaba: subiríamos por el lado difícil, por el glaciar Jamapa, aprovechando que ya había terminado la temporada de lluvias. Así lo había planeado Manuel, mi entrenador, a quien nunca faltaba, como buen maestro y fanático de la historia y los datos curiosos, un discurso lleno de información interesante.

La primera y segunda jornadas concluyeron sin incidentes. Después de armar el campamento, alrededor del fuego que servía de cocina y nos calentaba cuerpo y ánimo, la charla nos hacía aflojar los nervios y nos alistaba para el necesario reposo.

Durante el tercer día, cuando ya las palabras debían economizarse debido a la escasez de oxígeno, comencé a sentir ese deseo de fundirme con la montaña que durante la velada anterior expresara Manuel.

—Para mí el montañismo obedece al anhelo de convertirme, como las elevaciones, en testigo de la historia —me había confesado—. Y, en el caso de los volcanes, no solamente observador; me parece que, de alguna manera, ellos reaccionan ante la conducta humana... Por ejemplo, se dice que el Poyauhtécatl se llama así por su cima que sobrepasa en altura los bancos de espesa neblina, o Citlaltépetl, “cerro de la estrella”, por lo que ya sabemos: la posición

de Venus sobre su cráter en esta época del año; emitió fumarolas precisamente en 1521, poco antes de que Hernán Cortés irrumpiera en el territorio mexica. También mostró su enojo a principios de 1867, a unas semanas de la sangrienta batalla del 2 de abril, en que Porfirio Díaz, por entonces general de las tropas republicanas, tomara la ciudad de Puebla, defendida por la gente de Maximiliano.

Me envolvía un silencio sobrecogedor al que no interrumpía, solamente ponía ritmo, el concierto de jadeos y el crujir de la nieve bajo nuestros pasos. El relato de mi vida, breve y sin mayores emociones, se fundía entre los siglos poblados de millones de biografías, de gestas de pueblos. Guerras, dominaciones, historias heroicas, desastres naturales. Todo aparecía en mi mente, sembrado por alguna inspiración incomprensible. Aquella película imaginaria, monumental, me hizo rezagarme. No escuché la voz de Manuel que me impulsaba a apurar el paso. Entonces se detuvo para esperarme y enganchó su cuerda con mi arnés. Comenzaba a soplar un viento helado que dificultaba mantener el precario equilibrio. Entonces un estruendo ensordecedor precedió al caos. ¡Avalancha! Alcancé a adivinar la palabra que se dibujaba, entre muecas, en la faz de mi compañero. No supe más. Nos arrasaron toneladas de nieve que caían a gran velocidad.

—¡Despierta, Juan; estamos vivos! —fue lo primero que escuché al regresar de un largo sueño en el que volé y volé, sostenido por las garras de un águila gigantesca.

Nos hallábamos en una especie de gruta estrechísima, azulada, color que arruinaba un charco rojo que surgía de mi frente.

—Vamos a lograrlo —seguía animándome mi maestro, pegado a mi espalda—. Verás que pronto nos encontrarán, sólo tenemos

que mantenernos despiertos y tratar de cavar un agujero hacia la superficie para jalar aire y oírlos venir.

Varias horas después, no sé cuántas, desistimos de aquella tarea. La montaña nos había engullido.

Aun así, el espíritu de Manuel no decaía; continuaba exhortándome a no dormir, a conservar la esperanza. Cada vez que me sentía adormecido, me abrazaba con fuerza, y con los bigotes llenos de escarcha me picaba la nuca.

—¡Juan, Juan! No te duermas. ¿Ya sabes la leyenda del volcán? Escucha: cuentan que hace muchos miles de años, los olmecas expandían su territorio gracias a una guerrera infalible: Nahuani. Ella ganaba siempre las batallas por su valor y su clara inteligencia. Se decía que el secreto de sus aciertos era su compañera inseparable, Ahuilzapan, considerada una mujer-águila. Imagínatelas, Juan: Nahuani era joven, muy hermosa, con un cuerpo perfectamente esculpido, ágil y de músculos largos y marcados, cabellera negra y brillante que le caía hasta la cintura, y ojos de fuego que parecían hipnotizar. Fascinaba a los olmecas y atemorizaba a los enemigos, pero ningún hombre, nunca, la había tocado.

Imaginé tan vívidamente a Nahuani que me sentí observado por esa mirada de fuego y traté de alargar la mano para ser el primero en tocar sus formas perfectas. La voz de Manuel hizo que aquella visión se esfumara:

—Tras ella, casi tan cerca como tú y yo ahora, estaba Ahuilzapan, un poco más baja, de talle cuadrado. El cabello a los hombros, entrecano, le daba aspecto de plumaje de águila. Se creía que por las noches arrullaba a su joven compañera y, mientras ella descansaba, se tornaba en ave. Antes del amanecer ya había sobrevolado las tierras

hostiles para dar cuenta a Nahuani de los puntos vulnerables del enemigo. Pero un día aquella magia falló. La guerrera resultó herida con una flecha impregnada de veneno...

—¿Se murió? —alcancé a preguntar.

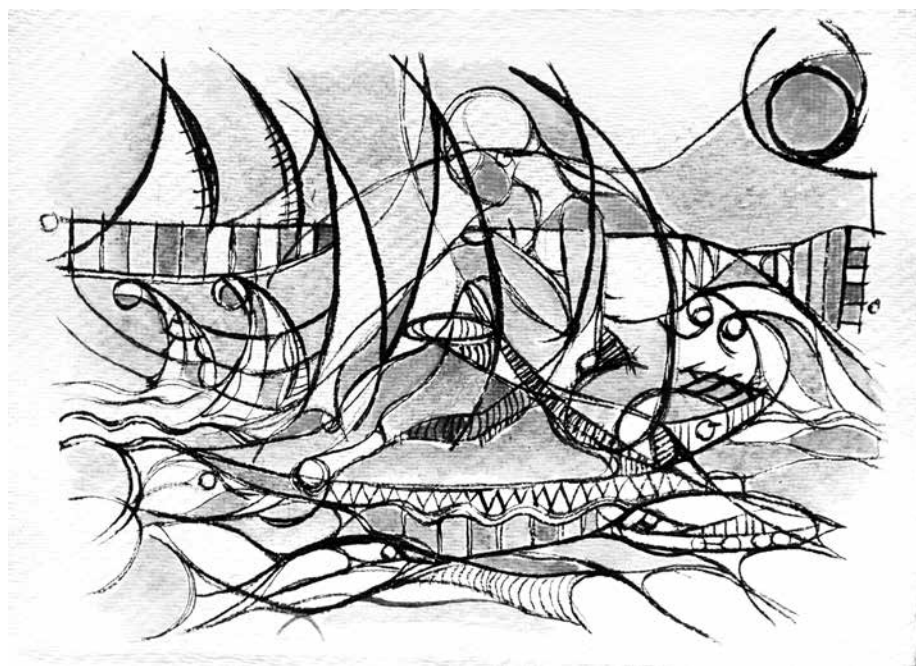
—Así fue, sin que los cuidados de su compañera lograsen evitarlo. Los olmecas organizaron los funerales más fastuosos de que se tuviera memoria y oraron a todos los dioses para que Nahuani fuera incluida en el más alto de los cielos. Sus ruegos no fueron en vano: en el firmamento surgió una estrella brillantísima, ésa que ahora llamamos Venus.

Manuel hizo una pausa. Comenzaba a faltarle aliento. Pero se repuso y continuó:

—Cuando el cuerpo de su compañera no estaba ya, Ahuilzapan lanzó un grito que hizo temblar la tierra. Luego tomó la forma de águila y se elevó hacia la estrella a recuperar el espíritu de la guerrera. Aseguraron que lo traía consigo cuando se lanzó desde allá, en picada, hasta clavarse en la tierra. La pasión y el enojo provocaron una terrible erupción que hizo nacer el Citlaltépetl, justo bajo el astro brillante. Este Pico de Orizaba, o Pico de Ahuilzapan, que nos tiene atrapados.

La voz de mi compañero me parecía cada vez más lejana; sentí que sus brazos se convertían en grandes alas y volábamos juntos hacia la estrella... apenas alcancé a escuchar, cuando terminó el relato, una explicación acerca de la movilidad de los glaciares. Creo que dijo que en unos cincuenta años encontrarían nuestros cuerpos convertidos en momias congeladas.









## La entrega

Que sucumba el ruido.  
Que repique el viento.  
Que retumbe el mar.  
Que nuestra voz perdure.  
Que en el silencio se perciba  
el crujir de la hierba  
y el ceremonial del grillo.

SILVIA PRATT, “Evidencias en cascada”

**Zarpamos de la terminal bananera** de Quepos antes del amanecer del primero de agosto. Todo de acuerdo a lo planeado: inauguraremos la ruta perfecta para hacer llegar a los gringos el polvo blanco que cada vez demandan más: de Colombia, por tierra, a Costa Rica. De ahí por mar hasta los clientes, en Gringolandia.

La moda va en aumento, por suerte, entre los más ricachones: la usan los universitarios para estudiar mejor; las estrellas de Hollywood, que en sus fiestas intercalan alcohol y cocaína... Así se

amanecen y la siguen días completos disfrutando en grande. Llegan a los políticos y empresarios para aguantar sus jornadas de giras, reuniones, discursos, sin pestañear. N'hombre, si los viejos se las sabían de todas todas; dicen que los antiguos incas, allá en el Perú, no vivían sin mascar las hojas o beber infusiones de coca. Para ellos era fácil: la cortaban de sus jardines. Ahora, gracias a los científicos, la potencia de esa planta se multiplicó... y, por suerte para nosotros, su valor también. La sabiduría de los peruanos, adoptada por los productores colombianos, y el ingenio nuestro para mover las mercancías burlando a los chotas de aquí y allá, nos han conseguido muchos, muchos dólares. Algún día se va a vender en cualquier farmacia, dicen unos, pero ojalá no sea así, porque lo que a mí me gusta es la emoción, la adrenalina. Por eso dejé la escuela... ¿Cuándo iba a ganar, con un pinche título de contador, el billete que me pagan acá? ¡Y no hablemos de los días de bostezo que me esperaban! N'hombre, esto es vida: ganar lana en carretadas mientras vives aventuras increíbles. De vez en cuando me toca hacer chambitas de contador, para que no se me seque la caja de las ideas... pero no cualquiera tiene cabeza y tompiates para estar burlando vigilancia, pasando aduanas. Hay que planear cada detalle como si fuese una operación de guerra; el más mínimo error cuesta mucho dinero; te manda tras las rejas o lo pagas con el pellejo.

El nuevo plan de mi patrón me tiene prendido; compró este submarino japonés, de los que usaron en la guerra, que tiene un mecanismo chingón: no lo detectan los radares; se nota menos que una anémona. Además, carga muchos bultos de polvo, todos disfrazados. Los recibimos en cajas de bananas y durante el trayecto bajo el agua los iremos cambiando de envase: unos en hieleras, simulando

pedazos congelados de pez vela; otros en tambos de gasolina y latas de aceite; algunos más disfrazados de chalecos salvavidas.

Haremos la entrega mañana en la Isla Socorro; emergeremos a unos metros del muelle de la bahía, donde nos encontraremos con los gringos. Ellos vienen en un velero grandote, de esos de lujo, como si anduvieran de paseo. Entre su tripulación subieron dos de los nuestros, para asegurarle al patrón que no haya broncas ni pitazos en la escala en Rosarito ni al desembarcar la mercancía del otro lado. Así está planeada esta nueva ruta, pensada desde que, por el lado del Atlántico, se pusieron muy perras las patrullas.

Acá por el Pacífico hay menos vigilancia. Y como las islas Revillagigedo dependen del gobierno de Colima, que es un estado chiquillo y pobretón, no alcanza el presupuesto para cuidar allá. Los gringos tampoco se ocupan mucho de esas islas desiertas que apenas son conocidas por algunos científicos locos.

Dijo mi patrón: “Vamos a comerle el mandado a los del Golfo, aquí, despacito, pacíficamente como el nombre del mar; les vamos a dar en la madre a aquellos compas”.

Con todo y la chamba de empaque y las manos de dominó que nos echamos después de comer, se me hacen largas las horas para salir a la superficie. A mí, que soy culiche, me hace falta el sol, en esta lata me siento ahogado, como que no respiro a gusto.

—Vamos a jalar una rayita, quién va a notar unos gramos menos en todo este polvo —propone el Enclenque.

—¡No mames, güey! —responde el Pollo, que está cambiando su nombre a Capi, porque aprendió a pilotear esta cosa—. Sabes que es lo más prohibido. Si se entera el patrón nos manda cortar en pedacitos.

El Enclenque nos acaba convenciendo: los otros no necesitan mucho verbo para caer en la tentación; a mí, porque cada vez me falta más el aire y me juran que me voy a sentir en la playa. Así que agarramos unas cucharadas de polvo y nos lo metemos. ¡Qué agasajo! De inmediato me convierto en el amo del mundo.

Ya con el cerebro en las nubes no damos importancia a la primera sacudida; le mentamos la madre al mar por tirar las fichas de dominó. Pero luego viene otra, acompañada de un ruido que parece una bomba. La nave se zangolotea como juego de feria.

—¡Todos a sus puestos! ¡Prepárense para emerger! —nos ordena el Capi.

—Nos va a llevar la fregada —masculla el Enclenque.

Pierdo la noción de arriba y abajo; el mar parece jugar con nosotros como pelota en cancha de fútbol.

Por fin veo por una escotilla algo parecido a un rayo de sol entre nubes y espuma. La emoción se me atora en la garganta igual que cuando era niño.

—¡No nos morimos! ¡No nos tragó el mar! —exclamo emocionadísimo.

Me pego al vidrio opaco para tratar de distinguir algo.

—No sé qué pasa —confiesa el Capi—. Pero el punto de encuentro está aquí luego. Trataremos de acercarnos y localizar a los gringos.

Desde mi observatorio alcanzo a ver, a lo lejos, lo que podría ser una vela oscilante que están arreando. De pronto un enorme chorro se eleva desde el agua. Parece la columna de un monumento de gigantes. El ruido, parecido al del vapor que sale de una olla, es tan intenso que se escucha dentro del submarino sellado.

—¡No contestan! —grita desesperado el Tirantes, que insiste en la radio —. A ver, güey, tú que le mascas al inglés, ven p'acá.

—Vamos a sumergirnos de nuevo —dice el Capi—. Esta cosa se estabiliza mejor en lo profundo.

Otro tirón nos hace caer. El Capi se golpea la cabeza con una de las palancas de mando y queda inconsciente. Trato de ayudarlo, pero no logro equilibrarme.

Un trancazo brutal es lo último que recuerdo de esos momentos espantosos a bordo. Luego, tengo imágenes borrosas de burbujas, de mi papá enseñándome a salir de las olas en Mazatlán; oigo su voz diciendo: “Lo principal es no abrir la boca, chamaco, no tragar agua y no cansarse a lo tarugo. El mar siempre te saca”.

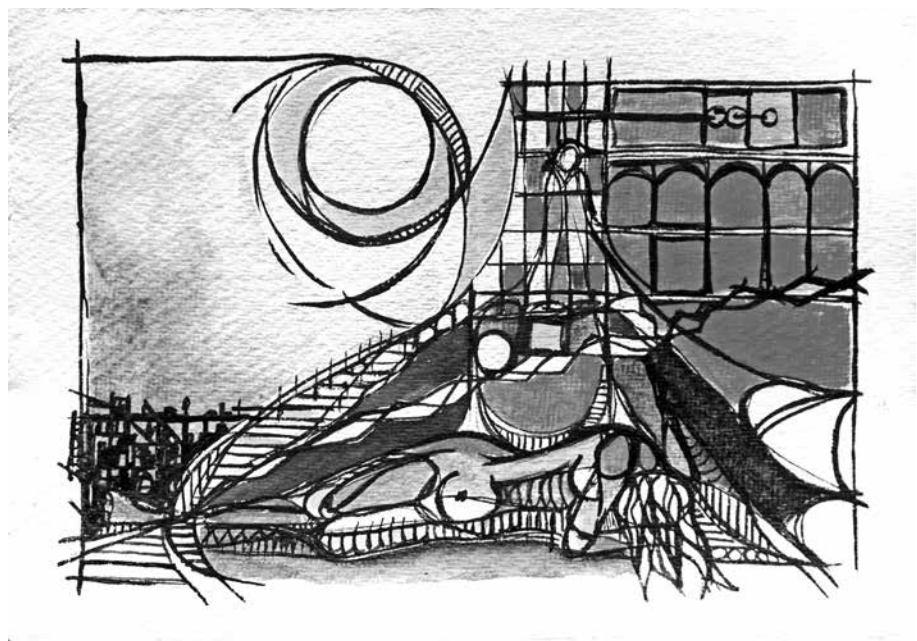
Picazón en la garganta y ganas de vomitar me hacen abrir los ojos. Palmeo el suelo... arena. Más tos. No es sólo la sal; hay mucho humo. Me incorporo y me siento. Trato de organizar mi mente, ver qué hay alrededor. Un ruido como de explosión me hace voltear. Muy cerca se eleva una columna de fuego. Recuerdo la que vi desde el submarino. Me pasan cerca piedras rojas, disparadas. ¿Es posible? ¡N' hombre! ¿Un volcán?... ¡Pinche suerte, le atinamos a la erupción de un volcán en las islas!

Necesito caminar. Alejarme de las olas embravecidas que cada vez llegan más cerca. Buscar donde protegerme de las piedras voladoras. Arranco un jirón de lo que me queda de ropa para cubrirme la nariz del humo picante. Antes que nada debo encontrar agua dulce.

A punto de emprender la marcha, algo choca con mis pies traído por la última ola: un pedazo de lámina. Lo reconozco; es del submarino. Las siguientes olas traen más despojos: dos bananas negras y aplastadas... las que cubrían las cajas originales de merca. Tras

ellas nadan hacia mí, como patitos en busca de la pata, varios bultos. Ilesos como yo. Sobrevivientes de la tragedia, serán mi capital. Con ellos comenzaré de nuevo.

Volteo hacia el volcán; ahora esos estallidos de lava ardiente me parecen cohetes, luces de fiesta que me auguran un futuro millonario.







## Ameyaltzin

Pero en el fondo de la noche,  
cuando ella ya ha partido,  
¿cómo impedir las lianas,  
los barrancos del dios,  
el desorden salvaje de su origen  
[inmenso invadir nuestra carne  
y sentir ascender el peso de las edades  
[colmado de un espanto ancestral?  
JAVIER SICILIA, “Mater amabilis”

Los últimos destellos del atardecer alargaban las sombras. Arbustos, faroles y el pequeño volcán Cuexcomate, parecían una gran montaña rodeada de gigantes. Era mi primera noche de guardia como custodio del parque y del volcancito, tesoro de la colonia poblana La Libertad. También se trataba de mi primer trabajo, gracias a él no tendría que abandonar mis estudios en la Facultad de Filosofía y Letras. Emocionado, llegué temprano para familiarizarme con el

sitio. Con curiosidad escuché la explicación que un maestro daba a su grupo de estudiantes:

—Éste, muchachos, es el volcán más pequeño del mundo. Tiene una elevación de solamente trece metros y su diámetro mide ocho. Surgió hace cerca de mil años, como un brote de agua sulfhídrica derivada de una erupción del Popocatepetl. Su nombre náhuatl, Cuexcomatl, significa olla de barro o recipiente para líquidos.

Ya dentro del cráter, les advirtió que el agua, aunque diluida en los veneros que provenían del volcán Malinche, tenía alto contenido de azufre y no debían beberla. También les prohibió entrar en las cavernas.

—Parecen seguras, pero no están exploradas y pudiera ser cierta la leyenda de que se conectan con las de Atlixco —les dijo.

Mientras comían su almuerzo, sentados en las bancas del parque, el maestro les contó la leyenda de Ameyaltzin, la hija del sacerdote principal de aquellos tiempos, sacrificada para calmar la ira del Popocatepetl.

—Desde entonces se sabía que ese volcán tiene muy mal genio, y cuando enfurece, exhala humo, cenizas que cubren casas y sembradíos y hasta piedras calientes que pueden provocar incendios. Pero en aquella ocasión su enojo fue tan grande que no se conformó con cubrir las aldeas de polvo gris sino que abrió una boca en la tierra de donde brotó un chorro altísimo, de agua y barro, que quemaba y olía a muerte.

”Intentaron, como habían hecho en otras ocasiones, sacrificar prisioneros en la pirámide, pero el Popocatepetl no se calmaba. Llevaron ofrendas hasta su cráter, pero tampoco paraba su ira en la cumbre ni en el chorro que llenó de temor a los lugareños.

”El sacerdote oraba para ver si los dioses le decían cómo resolver la situación. Apartado de los demás, pasó días sin probar alimento, ni siquiera un poco de agua. Entonces su hija favorita, Ameyaltzin, nombre que significa “pequeño manantial”, se acercó a él con un cántaro de agua cristalina. “Vamos, padre, bebe un poco”, le dijo.

”Cuando el sacerdote levantó los ojos, vio a la bella chica transformada en un ser luminoso y supo que se trataba de la señal fatídica: el volcán la reclamaba para sí. Sólo una joven fresca como ella sería capaz de pacificarlo.

”Transido por la pena, el hombre preparó a su hija. Le hizo saber el gran honor que recaía sobre ella y su responsabilidad de salvar al pueblo. Ameyaltzin, obediente, se atavió con sus mejores vestidos y alhajas para el acontecimiento y se tendió en la piedra de los sacrificios para que su propio padre extrajera su corazón, se lo entregara a Huitzilopochtli y lanzara su cuerpo por esa nueva boca del Popocatepetl.

”En cuanto el rito se completó, aquel chorro hirviente se convirtió. El montículo de lodo se enfrió y quedó convertido en este pequeño volcán, en cuyo interior brota continuamente agua. Se dice que el espíritu de Ameyaltzin habita aquí.

—¿Y su fantasma sale por las noches? —preguntó una de las chicas.

—Eso dicen... pero los fantasmas no existen; es una leyenda —respondió el maestro.

Quedé tan impresionado con la historia como los estudiantes; no era extraño, pues, que en cuanto estuve solo en el lugar, ya caída la noche, el más leve ruido me hiciera saltar, imaginando espectros armados con dagas de obsidiana, tocados con penachos y con la

cara pintada. Me sobrepuse, hice acopio de sensatez y me dije varias veces: “No soy un marica o una niña tonta que me deje asustar por cuentos de espantos”.

Me senté en una banca y me dispuse a cenar. Mi mamacita chula me había preparado, bien empacada, una buena torta de frijoles con mole y hasta compró un vaso térmico para mandarme café de olla, dulzón, calentito y con mucha canela.

Otra vez oí ruidos... Con la mano sobre la empuñadura del garrote fui a hacer una ronda, le di vuelta al volcán... nada. Pero cuál sería mi sorpresa que cuando regresé a la banca me topé con que había desaparecido el resto de mi torta.

—¡Pinches perros callejeros! —exclamé—. Ésos eran los ruidos que escuchaba.

Encendí mi linterna para buscar entre los setos y me quedé atónito al descubrir a una chiquilla harapienta, agazapada, dando fin al último bocado de mi cena.

—¡Ey, tú! —le grité mientras tiraba de ella —, ¿qué demonios haces aquí?

Su cara, iluminada por la linterna, me estremeció. Delgadísima, pálida como un cadáver, con las ojeras marcadas y costras de mugre. Tenía la expresión cansada de una anciana enferma que no correspondía al cuerpo púber. El cabello enredado como estopa y el vestido, que quizás fue azul alguna vez, convertido en jirones pardos. Iba descalza; las piernas y los pies rasguñados. Con la mano izquierda aferraba, pegado a su cuerpo, un pequeño libro.

En unos segundos pasaron por mi mente preguntas y respuestas: ¿Será un fantasma? ¿Ameyaltzin? ¡Pendejo, los fantasmas no comen tortas!

Le pregunté su nombre, dónde vivía, qué hacía en el parque... No conseguí que emitiera palabra; sólo temblaba y gemía asustada.

—No puedes estar aquí. Llamaré a la patrulla para que te lleven y localicen a tus padres.

—¡No, por favor! —dijo por fin—. Déjame quedarme; volveré a la cueva.

—¿Cueva? ¿Cuál cueva?

Señaló el volcán.

—A ver, no llamaré todavía a la patrulla, pero tienes que decirme de dónde saliste y qué haces aquí —cedí, curioso—. Siéntate y habla —le ordené.

Entonces empezó a contar, a pedazos, la historia que pude ir armando: provenía de una comunidad muy pobre, en la sierra. Una noche apareció su padre con unos hombres que venían por ella; según entendí, la había vendido. Los tipos se la llevaron, atada y amordazada, en un camión cerrado. No era la única: otras chicas y chicos compartían su destino. La condujeron a una casa grande, rodeada de jardín y protegida por vigilantes, perros y una barda muy alta. No sabe cuánto tiempo vivió allí, pues les daban a beber algo que los hacía pisar las nubes. Logró escapar, escondida entre la basura del jardín, y consiguió llegar hasta el volcán. Se ocultaba en una de las grutas y salía por la noche a buscar algo de comer.

—Siempre dejan comida en los basureros —me dijo—, pero lo tuyo estaba mejor —sonrió por fin.

Le pedí que me enseñara el libro que llevaba en la mano. Le costó hacerlo, desconfiada. Me lo mostró sin soltarlo. Era un ejemplar de *El principito*, su único tesoro; temía que no se lo devolviera.

—¿De dónde lo sacaste? ¿De qué trata? —le pregunté.

—Lo encontré aquí. No sé leer, pero tiene bonitos dibujos.

—¿Quieres que te lo lea? —ofrecí. Me había resignado a emplear tiempo con ella antes de tomar acciones. Finalmente, mi turno terminaba hasta el día siguiente... Había en sus grandes ojos negros un pozo de tristeza que me había llegado al alma y, conmovido, eché por la borda la rudeza aconsejada durante la breve capacitación.

Me senté a su lado. Entonces me alargó el libro.

Los personajes que ahí aparecían me ayudaron a armar la historia de la chica, a quien llamaré Ameyaltzin, pues nunca dijo su nombre.

Gracias a los baobabs supe que provenía de una zona boscosa y, al contarle sobre la flor, me habló de los bordados que realizaba su madre. Cuando leí el encuentro del Principito con el alcohólico, se ensombreció:

—Mi padre me cambió por más aguardiente.

Y el hombre de negocios le recordó al tipo que la había comprado, el dueño de esa despreciable empresa de explotación de menores. Se atrevió a relatarme algo de lo que sucedía en aquella casa:

—A veces me ponían una ropa pequeña, muy brillante y me llevaban a un cuarto negro, con focos enormes que deslumbraban, para hacer lo que esos tipos llamaban unas escenas. Me manoseaban, me mordían, me golpeaban... y otras cosas que no te contaré... Luego me dejaban en otra habitación hasta que se me quitaran las marcas. “Esto nos dará mucho oro”, decía una y otra vez.

Cuando le leí el pasaje del rey, comenzó a temblar de nuevo.

—Yo conocí a alguien así... El hombre de negocios lo trataba como rey. Fue el final de mi vida allí; me pusieron ropa de escena y me llevaron a un cuarto enorme, muy elegante, alumbrado con

velas. Ese día no me habían dado la bebida, estaba más despierta. Me colocaron en una gran cama, entre almohadas. Se abrió la puerta y entró un hombre. Lo acompañaba el otro, el mismo que me había sacado de mi casa. Todo el tiempo decía: “Sí, señor; claro que sí, señor”, y le hacía caravanas. “Aquí está su golosina, mi gober precioso. Es la de las películas; ya está trabajadita. Ahí lo dejo; cualquier cosa, toca el timbre, ya sabe”. Y se fue. El tipo me dijo que lo llamara mi rey. Comenzó a ordenarme que le hiciera esto y aquello y luego me estrujó; me lastimaba. Empezó a golpearme muy fuerte hasta que me hundí en una nube negra; no supe más... Desperté cayendo de un camión, en un barranco, entre pasto, ramas, piedras y pedazos de tepalcate. Rodé hasta quedar atorada en un arbolito. Como pude me arrastré de vuelta hacia el camino y luego di con este lugar.

El pozo de tristeza se desbordó en gruesas lágrimas.

—No deben encontrarme; es mejor que me den por muerta.

—Está bien —le prometí para consolarla. Pero no tenía idea de qué hacer con ella. Definitivamente no iba a hacerme de la vista gorda y permitir que habitara una cueva, dentro del volcancito, para siempre.

Continué leyendo el pasaje de la zorra.

—Si me dejas quedarme aquí, podrás...¿cómo dijiste? Ah, sí: domesticarme —quiso convencerme—. Estaré esperando a que sea de noche para salir y hablar contigo. Se nos hará menos largo el tiempo.

—Empezaría por traer doble cena, porque hoy me quedé con hambre —bromeé.

Ella rió abiertamente, con risa de manantial, como si fuera una niña juguetona, una chiquilla que no hubiera sufrido aquellas experiencias terribles.

Luego se puso seria.

—No leas el final. Déjalo para mañana, pronto va a amanecer. Mientras voy a dormir un poco aquí junto a ti, ¿sí? Soñaré que voy con el Principito a conocer sus volcanes.

Se tendió sobre mi regazo. Creo que dormité también y soñé que gracias a mi información se desmantelaba una red de prostitución infantil que involucraba a gente de altas esferas del gobierno.

Las primeras luces de la mañana me dejaron ver nítidamente su extrema palidez. Debía llevarla a un médico; esa niña no estaba bien. En eso noté que bajo la banca había un charco de sangre oscura. Quise despertarla, explicarle la necesidad de atenderla, prometerle que la protegería, pero no volvía en sí. Puse un dedo bajo su nariz... nada. No respiraba. Traté de oír los latidos de su corazón... tampoco. Me incorporé y la acomodé sobre la banca. De inmediato, reporté por la radio y pedí una ambulancia.

—Uy, compañero, esta indigente tiene ya un par de horas muerta —me dijo el paramédico. Llenó su informe: Menor. Sexo femenino. Desconocida. Causa de la muerte: paro respiratorio. Hemorragia vaginal. Infección generalizada.

No sé a dónde llevaron su cuerpo. Pero estoy seguro de que su espíritu se quedó aquí, en el pequeño volcán. Escribí en una piedra, dentro del cráter: Ameyaltzin, princesita, tu risa de manantial logró domesticarme. Y grabé la fecha.



## Índice

- 9 Prólogo
- 11 Prefacio
- 17 Los hermanos
- 25 Flores para la novia
- 33 La noche iluminada
- 41 Más fuerte que la historia
- 49 Ardores tropicales

- 57 Micaela
- 69 Perdón, el fin del mundo
- 77 Entre cuatro paredes
- 85 Fiesta en Tsu'an
- 93 Abrazo eterno
- 101 La entrega
- 109 Ameyaltzin





Con

*fuego en las entrañas,*

de Bertha Balestra, se terminó de editar  
en diciembre de 2017. Para su formación se usó la  
tipografía Borges, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora  
PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz, Juan  
Carlos Cué y Lucero Estrada. Formación: Juan Carlos Cué. Cuidado  
de la edición: Ada Villanueva Ramírez y la autora.  
Editor responsable: Félix Suárez.







